

Étienne Dumont (1759-1829) o una mente cartesiana al servicio del juriconsulto Jeremy Bentham *

Hannelore Lee-Jahnke

Escuela de Traducción e interpretación - Universidad de Ginebra
hannelore.lee-jahnke@unige.ch

Traducción al español de

Juan Guillermo Ramírez Giraldo

Escuela de Idiomas - Universidad de Antioquia
jgramirezg@gmail.com

En la Ciudad Antigua de Ginebra, que termina en la bella plaza de Bourg-de-Four, existe una calle que llevó en otra época el nombre de “rue des Belles-Filles”. Muchos hombres pasaron por allí, tras los encantos de hermosas damiselas. Corrían los años previos a las reformas del austero Calvino... Mucho tiempo después, el 11 de abril de 1871 más exactamente, los consejeros de estado decidieron, por medio de una ley, rebautizar esta vía arteria con el nombre “rue Étienne-Dumont.”¹ Debajo de la nueva placa azul y blanca hicieron grabar en el mármol la siguiente inscripción:

ÉTIENNE DUMONT

Publicista, Colaborador de Mirabeau y de Bentham

Autor del Reglamento del Consejo representativo
y del Código de Policía penal del Cantón de Ginebra

De esta manera, los ediles deseaban perpetuar la memoria del célebre jurista, traductor y gran patriota ginebrés que despertó entre sus contemporáneos una gran admiración.

La carrera de Étienne Dumont está repleta de numerosas peripecias. Teólogo y pastor en un principio, este hombre de reflexión y de acción, dueño de una personalidad atrayente y de una viva inteligencia, fue, entre otras, preceptor, secretario de un lord

* Título original: Lee-Jahnke, Hannelore. "Étienne Dumont, ou l'esprit cartésien au service du juriconsulte Jeremy Bentham". En: Delisle, Jean (ed.) *Portraits de traducteurs*. Les Presses de l'Université d'Ottawa, Ottawa, 1999. pp. 131-169. Traducción publicada con la autorización de Jean Delisle, editor académico. Esta traducción se realizó dentro del marco del proyecto de investigación “La práctica de la traducción: desde la selección del texto hasta su edición final para publicación”, investigadora principal, Martha Pulido, Universidad de Antioquia.

¹ En “la estrecha calle Étienne Dumont, llamada antes “rue des Belles Filles” [...] florecían lujosas mansiones cercadas – de ahí el nombre de “Belles Filles” – que atraían a lugareños y a otros de la región vecina. [De esta calle] se desprende un callejón más estrecho que aún lleva el nombre de “Chausse-Coq”, pero que en la Ginebra de antes de Calvino [...] era llamada entonces “rue Chausse-Cul”” (Haldas 1996: 95).

inglés, memorialista de la Revolución francesa, publicista² al servicio de Mirabeau, tutor de un ministro de finanzas inglés, escritor, economista, filósofo, intérprete y traductor del jurista inglés Jeremy Bentham, penalista, diplomático, parlamentario y hombre de Estado. “[...] Hábil para la “esgrima intelectual”, [este] gran hombre, de ancha espalda, cejas pobladas, comensal alegre y buen conversador en los salones, gustaba de rodearse de jóvenes. Fue uno de los miembros más activos del movimiento ideológico que hizo brillar a Ginebra en aquella época” (Fazy 1914: 165). Era también un viajero de corazón, un espíritu curioso impulsado a la aventura. En diferentes ocasiones partió de su pequeña república de Ginebra y se instaló en San Petersburgo, en París y en Londres, sin hablar de las numerosas estadías, más o menos largas, en otros países como Suecia, Holanda e Italia (Martin 1942a : 7-8; 93-98). Pero dejemos que sus biógrafos se ocupen de seguir paso a paso la carrera de este hombre de múltiples profesiones y de fijar su lugar en la historia. Nosotros nos limitaremos a presentar aquí su obra traductiva y a recordar las circunstancias históricas que le sirven de telón de fondo. Las numerosas traducciones que realizó Étienne Dumont en el campo jurídico alcanzaron una resonancia y un resplandor excepcionales. Gracias al ginebrés, las obras de Bentham, varias de las cuales no habían sido publicadas aún en versión original inglesa cuando aparecieron las traducciones francesas, fueron diseminadas a través del mundo entero y ejercieron una influencia considerable en la evolución de las prácticas parlamentarias y penales.³

El descubrimiento de Bentham

La amistad que unió a Étienne Dumont y a Jeremy Bentham duró casi medio siglo. Los dos hombres se conocieron hacia 1788, bajo circunstancias muy particulares, como lo relata Dumont personalmente en una carta de 1790:

Mi relación con Bentham data de una circunstancia muy particular. Él había escrito, tres años atrás, una obra en francés que quería publicar; uno de sus amigos [sir Samuel Romilly] lo persuadió para que me la enviara, sin antes decirme quién era el autor. Simplemente, me preguntaron cuál era mi opinión acerca del estilo. Respondí, muy inocentemente, que el francés estaba plagado de errores, de barbarismos y desfiguraba una obra por demás excelente. Días más tarde, mi amigo vino a mi casa, acompañado de una numerosa compañía, tomó mi mano y me agradeció, riendo de buen corazón. Desde entonces, hemos sido buenos amigos (citado por Candolle 1829:9).

Esta apreciación franca de un texto mal escrito (Como veremos, Bentham no tenía talento alguno para la redacción) fue determinante para la carrera literaria de Étienne Dumont y le implicó emprender una labor titánica: la edición, traducción y difusión de los escritos del prolífico jurisconsulto inglés. Dedicó toda su vida a divulgar las ideas

² En la época se designaba con el nombre de “publicista” a un periodista e igualmente a un “jurista especializado en derecho público” (*Petit Robert*). Estas dos acepciones se aplican a Dumont.

³ Hace cerca de treinta años la Universidad de Londres inició la edición completa de las obras de Bentham en 70 volúmenes. En 1991 aparecieron seis volúmenes (Cendre 1991).

de su amigo del otro lado del Canal de la Mancha ¿Pero cómo se explica la presencia del genovés en Londres en 1788?

Es importante señalar que Pierre-Étienne-Louis Dumont, nacido en Ginebra el 18 de julio de 1759, se consagró en un principio a la carrera eclesiástica; contaba 24 años cuando, en 1783, se ordenó como ministro de la Iglesia calvinista. Era un republicano de corazón, un liberal moderado, proclive a las opiniones democráticas que buscaban imponerse entonces. Dotado de un gran talento para la predicación, Dumont pronunció un sermón sobre la ambición y sus consecuencias, y criticó sutilmente las autoridades que gobernaban Ginebra, muy apegadas, a su parecer, a la elite y a la cultura francesas. La agitación se apoderó en seguida de los magistrados que lo escuchaban; todos se sentían aludidos personalmente y no tardaron en expresar su descontento ante el joven y fogoso pastor. Dumont, hombre probo e íntegro, se mostró poco dispuesto a inclinar la cerviz ante quienes lo instaban, subrepticamente, a practicar la autocensura. Su carácter pacífico lo llevó también a rehuir los enfrentamientos, incluso los verbales. En julio de 1784, el pastor acallado abandonó Ginebra y se dirigió con su madre a San Petersburgo, donde ya residían sus tres hermanas. En la capital rusa, fue nombrado pastor de la Iglesia reformada francesa, en la que se hicieron notables de nuevo sus dotes oratorias.

Llevaba en Rusia apenas dieciocho meses cuando aceptó una atractiva propuesta de su compatriota Francis d'Ivernois, quien le invitaba a Inglaterra con el fin de servir como tutor al hijo menor de lord Shelburne, marqués de Lansdowne: John Henry Petty (1765-1809), quien se convertiría en canciller del Exchequer, ministro de finanzas británico. Dumont aceptó, alentado principalmente por el hecho de que acababa de sufrir un desencuentro amoroso que le causó profunda desazón (Martin 1942a: 15). El amante despechado llegó a Londres el 12 de enero de 1786. Inglaterra sería para él una segunda patria, a tal punto que se haría más inglés que los mismos ingleses.

¿Pero quién era entonces Jeremy Bentham, a quien conocería dos años más tarde, en las circunstancias ya descritas? ¿Y por qué deseaba publicar sus escritos en francés?

Jeremy Bentham (1748-1832), hijo de un hombre de leyes, fue un ser humano con virtudes excepcionales. A los cuatro años era ya un lector compulsivo y se consagró al aprendizaje del latín. Obtuvo su diploma de bachiller a los quince años; se recibió de abogado a los diecinueve y, por exigencia de su padre, trabajó en un bufete de abogados. Sin embargo, el joven londinense experimentaba una repulsión invencible por el espíritu belicoso y avaro de sus colegas. Además, la naturaleza no le había otorgado una voz lo suficientemente fuerte para que pudiera brillar en el pretorio. De carácter dulce y alegre, pero un poco excéntrico, no tuvo pasión diferente a la de los libros, y quizás la de la música (pudo haber sido un excelente organista). Bentham, aprovechando entonces la independencia que le daba su fortuna, se consagró por completo al estudio teórico del derecho. Se dedicó con ahínco a repensar totalmente la legislación de su país, lo que lo llevó a familiarizarse con los sistemas vigentes en otros países. Sus investigaciones lo

llevaron hasta Crimea, y establecía relaciones con altos funcionarios en los países que visitaba. Entre sus corresponsales se contaban varios miembros de la realeza, incluso la emperatriz Catalina, y sirvió como consejero a numerosos jefes de Estado, tanto en Europa como en América. El primer ministro lord Shelburne (1737-1805) y el gran filósofo y economista John Stuart Mill (1806-1873) se contaron entre sus amigos.

Tras haber realizado una gran tarea de documentación, Bentham se dedicó a escribir y a publicar. En quince años (1776-1791), produjo cinco obras importantes; seguidas por muchas otras. La primera, *A Fragment on Government* [Fragmento sobre el gobierno] (1776), fue seguida de *Defence of Usury* [Defensa de la Usuria] (1787), que apareció en versión francesa con el título *Apologie de l'usure* [Apología de la Usura] (1790) y *Defense de l'usure* [Defensa de la Usura], años más tarde. En 1789, Bentham publicó su *Introduction to the Principles of Morals and Legislation* [Introducción a los principios de la moral y la legislación], obra cumbre, impresa por cuenta del autor en 1780, pero que sólo circuló dentro del grupo selecto de sus amigos (Blamires 1996: 1). Otras dos obras que datan de esta época fueron terminadas en 1791: un proyecto de reforma penitenciaria, *Panopticon* [El panóptico], impresa mas no publicada, y *Essay on Political Tactics* [Ensayo sobre tácticas políticas]. Dumont realizó una versión francesa de *Panopticon* que fue difundida en París en 1791 con el título de *Le Panoptique. Mémoire sur un nouveau principe pour construire des maisons d'inspection* [El panóptico: memoria de un nuevo principio para construir centros de inspección]; este opúsculo constaba de 56 páginas. Estas obras no pasaron del todo desapercibidas, pero no obtuvieron el éxito que merecían; más adelante veremos por qué.

Las teorías de Jeremy Bentham, considerado el padre del utilitarismo, se basan en el “principio de utilidad”. Según el jurista, el bienestar público debe ser objeto del legislador, y la utilidad general, el principio del razonamiento en legislación. A sus ojos, “el bienestar es el único *fin*, el único objeto de valor intrínseco, y [...] la libertad política es sólo un bien *relativo*, uno de los medios para llegar a ese fin”. Concretamente, el ser humano está sujeto al gobierno de dos móviles soberanos: el placer y el dolor. En función de estos dos móviles, según Bentham, es necesario repensar el conjunto del derecho. Bentham creía poder obtener el respeto al interés social persuadiendo al individuo de que este interés coincide con su interés personal. El utilitarismo, “*the greatest happiness of the greatest number*” (la mayor felicidad para la mayoría), sería su caballo de batalla, la obra de su vida. Esta visión idealista de la sociedad humana, que hace abstracción de las ambiciones personales y de los conflictos de intereses, es una de las debilidades de su doctrina.⁴

⁴ El principio materialista de utilidad fue atacado encarnizadamente. Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi (1829: 264) señala un error importante: “Si el sistema de Bentham puede expresarse con estas palabras, “cada quien busca ante todo el bien mayor para la mayoría”, contradice la concepción universal; si se expresa de esta manera: “Cada quien *debe* buscar ante todo el mayor bien para la mayoría”, la sola palabra “debe” admite la existencia de otro principio superior al de la utilidad: el deber, la moralidad; por lo tanto, es necesario buscar el origen y la fuerza que dirige este principio por fuera de la filosofía utilitaria y del interés”.

Sería un error, sin embargo, restringir la obra de Bentham únicamente a la teoría del utilitarismo. Este jurista fue, en realidad, un espíritu universal a quien todo le parecía familiar. De su cerebro emanaba un torrente de ideas que plasmaba, con poco éxito, en el papel. Se ha dicho de él que era un “mar de ideas y de sugerencias” (M. Everett, citado por Martin 1949), ideas innovadoras, intuiciones en movimiento continuo. Los escritos de Bentham son una verdadera fuente perpetua de ideas nuevas. Sus proyectos, innumerables, abarcan campos tan variados como el derecho, la criminología, la economía, la educación, las matemáticas, la moral y las relaciones internacionales. Bentham, un verdadero visionario, tuvo principalmente la idea de un Congreso permanente para la paz, antes de que apareciera la Sociedad de las Naciones y la Organización de las Naciones Unidas. Sin embargo, su genio eminentemente inventivo lo llevaba a desdeñar las formas y las gracias del estilo; se mostró incapaz de exponer su pensamiento con lógica y claridad. Felizmente, el destino puso en su camino un espíritu cartesiano particularmente dotado para la composición: Étienne Dumont.

Tras frecuentes conversaciones con Bentham y después de examinar atentamente sus manuscritos, el ginebrés se entusiasmó por las ideas del jurisconsulto, genial pero mal redactor. El pensamiento de Bentham se insinuó, por decirlo así, en el alma de Dumont. Adepto a las teorías de su amigo, decía algunas veces lo que más admiraba de los otros filósofos: “Es convincente, es la verdad misma, es casi *benthámico*” (citado por Sismondi 1829: 261). En 1789, Bentham envió a su amigo, que a la sazón se encontraba en París, su *Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Dumont trató, sin éxito, de que traductores acostumbrados a traducir al francés obras de filosofía se interesaran en este libro. Los traductores consultados consideraron que la obra era ilegible, intraducible y demasiado árida para los lectores franceses. Entonces Dumont, que nunca había practicado la traducción, decidió producir él mismo una versión francesa de la obra de Bentham (Blamires 1996: 4).

Podría causar admiración el hecho de que una inteligencia superior, tan curiosa e independiente como la de Étienne Dumont se entregara a un estado de sumisión tal a otro ingenio, sin importar cuán brillante fuera éste. Esta abnegación de parte de Dumont se explica sin duda por el hecho de que tenía la convicción profunda, por una parte, de encontrar la verdad en Bentham y, por otra, de realizar una obra de utilidad pública. A través de su devoción por Bentham, Dumont ponía en práctica, de alguna manera, la teoría del utilitarismo; el otrora pastor predicaba con el ejemplo. En el caso de Dumont, las virtudes del corazón siempre se disputaban el primer lugar con las de la razón. La filosofía que preconizaba Bentham se constituyó para Dumont en un sistema que reposaba en valores eminentemente humanos; los placeres y los sufrimientos que experimenta cualquier persona, independiente de su edad, sexo, educación, rango, fortuna, religión, etc. Lo que más agradaba al humanista que era Dumont era el hecho de que las teorías de su émulo se fundamentaban en el estudio del corazón humano, de que Bentham buscaba “las verdades morales en los sentimientos del hombre”, como el mismo afirmó (Dumont en Bentham 1802: xxix). Inmerso en las ideas de su maestro, el discípulo se consagró resueltamente a su servicio

y se encargó, a petición de éste, de publicar sus escritos en francés; y jamás dejó de ser digno de la confianza del jurista inglés.

Por otra parte, podemos preguntarnos por qué Jeremy Bentham daba tanta importancia a la difusión de sus ideas en francés, antes que en inglés, si fácilmente pudo haber recurrido a un buen redactor en lengua inglesa. El que fuera tan francófilo como Dumont anglófilo no explica suficientemente este hecho; tampoco lo explica el que hubiera recibido la ciudadanía francesa en 1792. Un especialista en Bentham, Cyprian Blamires (1990: 55) encuentra dos razones principales. La primera, que es igualmente válida para cualquier otro autor de la época, es de orden lingüístico; hasta mediados del siglo XIX, el francés era la lengua de la cultura en Europa. Si bien es cierto que los autores franceses de la primera mitad del Siglo de las Luces sentían una viva admiración por Bacon, Locke y Newton, “*the chief literary culture of Europe at the time was unquestionably the French, and the principal men of letters with an international reputation were French*” [En esa época, la principal cultura literaria en Europa era incuestionablemente la francesa, y los principales letrados con reputación internacional eran franceses] (Blamires 1990: 56). Numerosos manuscritos de Bentham previos a 1789 fueron en principio parcialmente redactados en francés, debido sin duda al prestigio cultural del que gozaba esta lengua ante los intelectuales extranjeros.⁵

La segunda razón que habría llevado a Bentham a utilizar el francés para la difusión de sus ideas es de orden principalmente psicológico. Bentham tenía dificultades, según su propio testimonio, para encontrar términos en inglés para formular sus conceptos. El inglés de uso diario, al parecer, no le servía. Por lo tanto, para franquear este obstáculo, decidió recurrir a una lengua extranjera, en este caso el francés, que además manejaba muy bien. A decir verdad, fue esta una extraña solución. Hay que recordar, sin embargo, que la lengua de Molière gozaba en la época de cualidades superiores de lógica y claridad; cualidades que las otras lenguas, se pensaba, poseían en menor grado ¿Acaso no había proclamado Rivarol en su famoso *Discours sur l’universalité de la langue française*, que le valió en 1784 el premio de la Academia de Berlín, que “Lo que no está claro no está en francés”?⁶ Bentham, autocrítico y siempre insatisfecho con lo que

⁵ C. Blamires (1990: 57) ilustra la atracción que ejercía el francés sobre las mentes cultas con un fragmento de una carta de Bentham. El canciller prusiano Von Carmer había invitado a “todos los hombres de buena voluntad” a enviarle su opinión sobre un proyecto de reforma legislativa, tema que interesaba en gran medida al jurisconsulto inglés. Esta convocatoria se había emitido en alemán, lengua que éste no conocía. En una carta que dirige al sucesor de S. von Cocceji, Bentham escribe: “*Translate your German into French; first because you must: second because it deserves to be: third because if you don’t you’re even more backward than Cocceji: fourth because you cannot fail to do so without incurring a charge of inconsistency; fifth because if you don’t, someone else will [...]*”. [Traduzca su alemán al francés. Primero, porque es necesario; segundo porque el texto lo merece; tercero porque si no lo hace, es usted más retrógrado que Cocceji; cuarto, porque si no lo hace incurre en una inconsistencia; quinto, porque si no lo hace usted, otro lo hará]

⁶ “El francés, por privilegio único, sólo se mantiene fiel en un orden directo, como si fuera todo razón; [este orden] tiene que existir siempre. [...] la sintaxis del francés es incorruptible. De ahí resulta esta admirable claridad, base eterna de nuestra lengua. *Lo que no está claro no está en francés*; lo que no es claro está en inglés, italiano, griego o latín” (Rivarol 1874, 1966: 112-113; cursiva en el texto).

escribía en inglés, quería a toda costa evitar que disminuyera el alcance de su creatividad. Cuando se expresaba en otra lengua era menos sensible a las imperfecciones de la formulación y podía entonces dejar correr su imaginación.⁷

Dicho esto, Jeremy Bentham se valió principalmente de la lengua inglesa para plasmar sus ideas en el papel, y además introdujo en esta lengua numerosos neologismos (*codification, minimization, minimize, maximization y maximize*). Estas creaciones lexicales, y otras más, se convirtieron en dura prueba para el talento de Dumont. Sin embargo, Bentham carecía del don de la composición tanto en francés como en inglés; expresar una idea de manera clara y estructurada le resultaba difícil. Tenía problemas para disciplinar su estilo, para evitar los pasajes oscuros y los lugares comunes, para abstenerse de hacer largas enumeraciones presumiblemente exhaustivas... Llevado por su espíritu analítico, multiplicaba las clasificaciones y las subdivisiones a tal punto que le era difícil sintetizar sus ideas. “Es necesario tener en cuenta que la preocupación por arreglar y pulir pocas veces hace parte del genio del Autor. Puesto que se ve movido por una fuerza creadora, sólo siente el placer de la composición. Cuando se trata de dar formas, de redactar, de concluir, no puede hacer más que sentirse fatigado” (Dumont en Bentham 1802: xii). Las ideas que Bentham presentaba en sus escritos eran impublicables en su estado original; por lo tanto, Étienne Dumont procedió a organizarlas al mismo tiempo que realizaba la traducción. Antes de presentar en detalle el método de traducción tan particular que tuvo que aplicar para realizar su tarea, veamos qué obras resultaron de la fusión de estas dos grandes inteligencias complementarias.

Las traducciones-compilaciones de Dumont

El ginebrés extrajo de los manuscritos de su ilustre amigo cinco obras importantes, en un total de unos diez volúmenes. Algunos de estos textos llevaban más de treinta años en los anaqueles de Bentham (Dumont en Bentham 1811: vi); por esta razón, incluso antes de que apareciera el primero de estos volúmenes, el traductor se cuidó de preparar al público para que recibiera la obra del jurista. A partir de 1797, publicó en la *Bibliothèque Britannique* una serie de cartas⁸ destinadas a dar a conocer el conjunto de

⁷ C. Blamires presta esta explicación del traductor estadounidense John Neal, quien también fuera gran admirador de Jeremy Bentham, con quien vivió en 1825. Más adelante hablaremos de este traductor.

⁸ *Bibliothèque Britannique*, 1797, t. 5, p. 155-164 y p. 277-285 ; t. 6, p. 3-25 y 287-306 ; 1798, t. 7, p. 105-133 y 369-389. La *Bibliothèque Britannique* fue fundada el primero de enero de 1796 por tres ginebreses : Marc-Auguste Pictet, Charles Pictet de Rochemont y Frédéric-Guillaume Maurice. El diario tenía como vocación difundir por el continente las ideas progresistas de Inglaterra, su literatura y su cultura. Jugó un papel importante en la difusión de la obra de Jeremy Bentham. Un fragmento de una carta de Étienne Dumont (Paris, 22 de noviembre de 1801) a Bentham (Londres) confirma la influencia de la *Bibliothèque Britannique* en los círculos cultos: “Everyone here knows the *Bibliothèque Britannique*: it’s known here by anyone who could be called a reader, and they’ve all been talking to me about the extracts of you I put in there” (citado por Blamires 1990: 64). [Todo el mundo conoce aquí la *Bibliothèque Britannique*; cualquiera que se diga lector la conoce, y la gente ha estado comentándome acerca de los extractos suyos que puse en ella]. En 1816,

ideas del padre del utilitarismo; expuso la forma en que pensaba presentar esta obra y dio una aproximación de los títulos que se publicarían (Blamires 1996). El éxito de estas obras, que fueron publicadas en un período de veintiséis años (1802-1828), se hace evidente por sus múltiples ediciones.⁹

1º En primer lugar, aparecen los tres volúmenes de *Traité de législation civile et pénale* (1802), obra fundamental que abarca, entre otros, los principios generales de legislación, los del código civil, los del código penal y una perspectiva general de un corpus completo de derecho. “No pensaba – escribía el traductor – que se venderían tan rápidamente tres mil ejemplares de la ópera prima de un autor extranjero, de poco reconocimiento en el continente” (Dumont en Bentham 1811: v). A su pesar, el traductor sólo recibió 300 ejemplares de la obra, y tenía a su cargo venderlos personalmente; incluso así, su generosidad lo llevó a regalar poco más de cien a amigos suyos. Talleyrand le aconsejó negociar con su editor un contrato más conveniente para las obras venideras y, sobre todo, le sugirió conservar sus derechos en previsión de eventuales reediciones (Ogden en Bentham 1987: xlii).

2º En 1811 apareció la *Théorie des peines et des récompenses* [Teoría de las penas y las recompensas], en dos volúmenes. Los manuscritos de los que Dumont extrajo *Théorie des peines* datan de 1775, mientras que los que dieron origen a *Théorie des récompenses* eran posteriores a esta fecha. Bentham no había desechado estas obras, sino que las había “dejado a un lado, como una adaraja, para entrar un día en el sistema general de legislación, o como estudios que el autor realizó personalmente” (Dumont en Bentham 1811: vi-vii). Dumont explica más adelante el trabajo de colaboración que exigió la publicación de estos dos volúmenes:

En algunos capítulos sólo tenía como referencia algunas notas marginales. Para el cuarto libro de la *Théorie des Peines*, me vi reducido a reunir y editar fragmentos. La discusión sobre la *pena de muerte* no tenía una conclusión. [...] No había nada sobre la *deportación*, ni sobre la *Penitenciaría*; la idea del *Panóptico*¹⁰ no era entonces más que un imaginario. Encontré las bases de estos dos capítulos importantes en una obra del Sr. Bentham hace ya ocho o nueve años. Tomé de estos textos todo lo que me pareció conveniente, de acuerdo con la concepción general que tenía yo del texto, eliminando cualquier posibilidad de controversia (Dumont en Bentham 1811: vii-viii).

Fue necesario esperar hasta 1825 para que apareciera una versión inglesa del primer volumen (*Rationale of Reward*) y hasta 1830 para el segundo, *The Rationale of Punishment*. El “original”, con correcciones y aclaraciones de Dumont, fue publicado, por tanto, *después* de la traducción, hecho éste poco frecuente en los anales de la traducción.

esta revista tomo el nombre de *Bibliothèque universelle*. Después su sede pasó de Ginebra a Lausanne. La mayoría de escritores de la Suiza romana colaboraron en ella.

⁹ Para la descripción sumaria de los aportes de Étienne Dumont a cada una de estas obras, nos inspiramos en “Notice sur la vie et les écrits de M. Dumont”, publicada por Pyrame de Candolle (1829: 13-14).

¹⁰ “Que permite ver sin ser visto. *Prisión panóptica*, dispuesta de tal forma que el vigilante puede ver cada detenido en su celda sin ser visto” (*Petit Robert*).

3° La primera edición de la *Tactique des Assemblées législatives, suivie d'un Traité des sophismes politiques* [Táctica de las Asambleas legislativas, seguida de un Tratado de sofismas políticos] data de 1816 y comprende dos volúmenes. El primero trata del camino a seguir en las asambleas deliberantes; el segundo, de la manera de reconocer y de refutar los sofismas por medio de los cuales se busca desviar el raciocino en política. Dumont escribió:

[...] cambié la forma del primero y la distribución del segundo; traté cada parte con gran libertad en los detalles, como si el contenido me perteneciera. No seguí este modelo de redacción por un sentimiento de amor propio, sino por necesidad. De esta forma, no necesito excusarme ante quienes hubiesen visto los originales que dieron origen a mi trabajo; ni tampoco ante quienes hubiesen leído las obras publicadas por el autor. Todos son conscientes de que, para que estas obras fueran accesibles a un gran número de lectores, era necesario darles formas menos austeras, más didácticas, y traducirlas en un lenguaje más familiar que el usado en el original (Dumont en Bentham 1816, II: xix).

De todas las obras publicadas bajo su nombre, en esta Dumont tuvo el mayor trabajo; parece que su preparación no fue fácil. A propósito del *Traité des sophismes politiques*, escribía el traductor: “Tras haber guardado esta obra durante cerca de dos años y haberla reescrito en gran parte, traté de abandonarla como el autor había abandonado el original” (Dumont en Bentham 1816, II: v). *Tactique des Assemblées législatives*, por su parte, es una obra importante, pues sirve como base para una nueva ciencia: el procedimiento parlamentario (Blamires 1994: 27-28). Dumont es perfectamente consciente de este hecho, pues escribe:

El Reglamento interno de una Asamblea política es una rama de la legislación, incluso puede considerarse como una rama esencial. Hasta ahora, ningún escritor político se ha preocupado de este tema, que es al mismo tiempo antiguo y novedoso: muy antiguo para la práctica y muy novedoso para la teoría; tan novedoso a este respecto que ni siquiera ha recibido una denominación especial y que ha sido necesario crear una expresión para designarlo (Dumont en Bentham 1816, I: 7-8).

4° El *Traité des preuves judiciaires* [Tratado de pruebas judiciales] (1823) está compuesto también por dos volúmenes. El traductor trató de darle un alcance más universal: “Bentham tenía en cuenta constantemente, en sus manuscritos, los vicios de procedimiento ingleses y Dumont buscaba, al contrario, hacer que esta obra perdiera su carácter local, y darle una forma que pudiera hacerla útil en cualquier país” (Candolle 1829: 13-14). La versión inglesa apareció dos años más tarde (1825) y, en 1827, John Stuart Mill la publicó en una nueva edición en cinco volúmenes con el título *Rationale of Judicial Evidence*.

5° Por último, Étienne Dumont presentó en 1828, un año antes de su muerte, un último volumen sobre la *Organisation judiciaire et la codification* [La organización judicial y la codificación], obra recopilada, no de los manuscritos, sino de algunos escritos

impresos de Bentham. Estos escritos eran en su mayoría de carácter polémico o circunstancial y fueron objeto de una verdadera metamorfosis para tener la apariencia de un tratado de derecho.

Esta presentación sumaria de las obras “reelaboradas” por la pluma de Étienne Dumont nos lleva a examinar un poco más de cerca la forma en que este traductor trabajaba. Según el estado en que se encontraban los textos que tenía que traducir, Dumont debió traducir, comentar, resumir, llenar algunos vacíos, añadiendo elementos de acuerdo con lo que le parecía conveniente. Las portadas de las obras publicadas dan muestra de la naturaleza del trabajo realizado por el traductor-compilador; en lugar del convencional y lacónico “traducido del inglés por”, aparecía: “Publicados en Francés por ÉT. DUMONT, de Ginebra, según los Manuscritos entregados por el Autor” (*Traité de législation civile et pénale*); “Obra extraída de los Manuscritos del Sr. Jérémie Bentham, Jurisconsulto inglés, Por ÉT. DUMONT” (*Tactique des Assemblées législatives*); e incluso “fragmentos de diferentes obras de Jérémie Bentham” (*De l'organisation judiciaire, et de la codification*). Las anotaciones “según los Manuscritos”, “extraída de los Manuscritos” y “fragmentos de diferentes obras” dan a entender claramente que el método aplicado por Dumont difiere del que aplicaría un simple traductor y que este método se relaciona principalmente con el de un compilador. Veamos entonces más de cerca en qué consiste este método.

El método Dumont

Es difícil creer a Dumont cuando afirma en el discurso preliminar de *Traité de législation civile et pénale*: “mi trabajo, de naturaleza subalterna, sólo aportó algunos detalles”, o incluso cuando pretende que su papel fue el de simple “intendente” de una gran fortuna, o de “ecónomo” a quien se ha confiado una profusa riqueza (Dumont en Bentham 1802: vii). Y de nuevo, en 1811 en su prefacio de *Théorie des peines et des récompenses*, escribe: “[...] esta operación que realicé, cuyo objeto son sólo algunos detalles, no debe mellar la confianza de los lectores. No es mi obra la que les presento sino, en la medida en la que la naturaleza de la obra lo permite, la del Sr. Bentham” (Dumont en Bentham 1811: viii-ix).

Esta modestia es característica en él; sin embargo, lo que dice el traductor no concuerda con la realidad. En efecto, el trabajo realizado con el conjunto de manuscritos y notas resultantes de la imaginación desbocada de Bentham es mucho más considerable de lo que el traductor quiere hacer creer a los lectores. En primer lugar, nos dice que no se conformó con hacer una simple traducción: “realicé no una traducción de esta obra, sino una interpretación que fue, en ciertos pasajes, un resumen, en otros un comentario. Me pareció que el método rigurosamente filosófico, propio de un número reducido de mentes ilustres, no era necesariamente para el público y que todos los razonamientos se podían traducir en lengua vulgar [...]” (Dumont 1797: 158). Cinco años más tarde, retomó esta misma idea en el “Discours préliminaire” de *Traité de législation civile et pénale*: “Si en el trabajo con estos manuscritos hubiera podido

limitarme a una simple traducción, me sentiría más seguro de lograr el éxito” (Dumont en Bentham 1802: v). El intérprete-colaborador presenta de forma muy explícita su trabajo. En razón del carácter eminentemente inusitado del trabajo, la descripción de este método merece ser citada casi *in extenso*, pues revela la magnitud de los cambios realizados por el traductor al material en bruto que era el original. Cedemos la palabra a Dumont:

Fue necesario tomar una decisión entre un gran número de variantes, suprimir las repeticiones, esclarecer los pasajes oscuros, reunir todo lo que se relacionaba con el mismo tema y llenar algunos vacíos que el Autor había dejado para no obstruir su composición. Mi función fue, más que añadir, suprimir; y más que comprender, resumir. El conjunto de manuscritos que pasó por mis manos y que tuve que descifrar y comparar es considerable. El trabajo, en lo que se refiere a la uniformidad del estilo y a la corrección, fue grande; sin embargo, poco o nada hice con respecto al contenido [...] (p. vii).

Los cambios que realicé variaron según la naturaleza de los manuscritos. Cuando encontré varios relacionados con el mismo tema, pero compuestos en diferentes épocas y con puntos de vista diferentes, fue necesario conciliarlos e incorporarlos de manera que constituyeran un todo. Aunque el Autor hubiera desechado alguna Obra circunstancial por no resultar en la actualidad interesante o incluso inteligible, no quise yo que tal obra se perdiera totalmente sino que conservé, por así decirlo, como en una casa abandonada, todo lo que era susceptible de ser conservado. Cuando el Autor presentaba abstracciones muy profundas, una metafísica no muy sutil, diríase, sino muy árida, intenté dar más desarrollo a las ideas, hacerlas útiles para aplicaciones y ejemplos y me permití la libertad de añadir con discreción algunos ornamentos. Incluso tuve que escribir de nuevo capítulos completos, pero siguiendo siempre las indicaciones y notas del Autor [...] (p. vii-viii).

Cuando empleé varios capítulos de esta Obra [*Introduction to the Principles of Morals and Legislation*] para conformar *Principes généraux de Législation*, debí evitar lo que había impedido su éxito: las formas demasiado científicas, las subdivisiones tan amplias y los análisis tan abstractos. No traduje las palabras, traduje las ideas; realicé en algunos pasajes un resumen, en otros un comentario [...] (p. ix).

Este texto data de 1802 y abarca los tres primeros volúmenes de la primera obra publicada por Dumont. Nueve años después, en el prefacio que ubica al principio de su segunda obra, *Théorie des peines et des récompenses*, explica por qué le fue imposible distinguir las modificaciones o las adiciones que le aportó a los “textos de Bentham”:

Estas adiciones, estos cambios, se me ha dicho, deberían haber portado alguna señal distintiva, pero tal género de fidelidad, aunque deseable, es imposible. Sólo hay que imaginar lo que es trabajar con un borrador, con manuscritos no terminados, sin revisar, algunas veces con fragmentos o simples notas, para comprender que este trabajo requiere una libertad continua, un espacio de infusión imperceptible, si cabe, en el que el redactor no puede ni siquiera recordarse (Dumont en Bentham 1811: ix).

Tras la lectura de estos dos fragmentos, es visible la magnitud del trabajo de “remodelación” realizado por Dumont. Tal perseverancia, afirma, se debe precisamente

a que era, más que un simple traductor, coautor: “Si sólo hubiera tenido que traducir, habría realizado pronto esta labor uniforme y difícil, mientras que un trabajo libre con los manuscritos despierta una especie de ilusión que dura mientras que es útil [...]” (Dumont en Bentham 1802: xiii). Para presentar el método que siguió para dar a conocer las obras de Bentham, en el primer artículo que publicó en 1797 en la *Bibliothèque Britannique*, Dumont escribió: “Esta pequeña operación de elegir entre variantes, de esclarecer los pasajes oscuros, de reunir los separados, de reunir o de desarrollar, de llenar algunos vacíos, de emplear con discreción algunos ornamentos, de añadir e incorporar algunos conjuntos de ideas; esta operación [...] tan subalterna como puede ser, basta para conservar la emulación del intérprete” (citado por Balmires 1996: 9-10). El sentimiento de ser útil y una ilustración viviente de las tesis de su maestro le dieron la fuerza para culminar su trabajo. A la creatividad asociada a cualquier trabajo de traducción (creatividad de segunda mano) se añadía algo de creatividad de primera mano, la que se reconoce habitualmente a los verdaderos autores.

Para realizar su trabajo de edición y traducción, no pudo contar con la ayuda del jurisconsulto, nos informa Dumont, exento de rencor. Bentham no le ofreció ninguna ayuda, pues no tenía ni tiempo ni disposición de entregarse al trabajo ingrato de una revisión general de sus escritos. El traductor escribe: “[...] sólo muy esporádicamente obtuve aclaraciones y ayuda cuando lo necesité; era muy difícil para él interrumpir el curso actual de sus ideas para volver a sus antiguos pasos” (Dumont en Bentham 1802: xiii). Bentham mismo lo confirma: “The plan was that Dumont should take my half-finished manuscripts as he found them – half English, half English-French – and make what he could of them in Genevan French, without giving me any further trouble about the matter. Instead of that, the lazy rogue comes to me with everything that he writes, and teases me to fill up every gap he has observed” (citado por Ogden en Bentham 1987: xxxii). [La idea era que Dumont tomara mis manuscritos inconclusos como los encontrara (la mitad en inglés, la otra mitad en una mezcla de inglés y francés) e hiciera lo que mejor pudiera en el francés ginebrino, sin causarme más molestias al respecto. Pero en lugar de ello, este perezoso ladino viene a mostrarme todo lo que escribe y me importuna para que llene cualquier vacío que hubiera encontrado]

Bentham no sólo no prestó su ayuda a Dumont, sino que declinó cualquier responsabilidad relacionada con el trabajo de su devoto colaborador, no porque no tuviera confianza en él (de otra forma, no le habría confiado sus manuscritos), sino porque dudaba simplemente del mérito de su propio trabajo; un documento de archivo da prueba de esto. En una larga carta que se conserva en la *Bibliothèque publique et universitaire* de Ginebra, Bentham comunica a su traductor sus observaciones e incluso se permite, algo excepcional en él, proponerle algunas soluciones. Al principio de su carta, dirige a Dumont el siguiente encargo doble:

I hope you have not omitted to say in your Preface, what is necessary to say, in order to exonerate me to responsibility attached to opinions which are not mine.
[...]

I hope and expect to find that in your Preface you have left room for temperaments; by stating as what may have naturally happened in some instances. 1. That my ideas had not been formed. 2. or not fully developed. 3. or that this or that paper had not come to your hands. 4. you had misconceived my meaning. 5. my ideas have undergone alteration in the time (Carta de J. Bentham [Londres, 17 de mayo de 1802] a É. Dumont [París], legado Étienne-Dumont, ms. 33, f. 1).

[Espero que no haya olvidado decir en su Prefacio lo necesario para exonerarme de toda responsabilidad originada en opiniones que no sean mías.

[...]

Espero ver y encontrar que en su Prefacio usted dejó espacio para atenuaciones, aclarando lo que pudo haber pasado en algunos casos: 1. Que mis ideas no estaban completamente formadas. 2. o que no estaban completamente desarrolladas. 3. o que usted desconocía algún artículo. 4. o que usted no comprendió el significado. 5. o que mis ideas han sufrido cambios con el tiempo.]

Étienne Dumont escribió en 1816 que el autor le hizo la misma exigencia cuando se publicó *Théorie des peines et des récompenses* (1811): “[...] El Sr. Bentham me exigió declarar en el Prefacio que no quería, de manera alguna, ser responsable de estas obras, extraídas de manuscritos que no había acabado ni revisado” (Bentham 1816, II: xviii).

A pesar de que asumió total responsabilidad por la versión francesa de las obras de Bentham y que sus cuidados habían mejorado profundamente, Dumont no quiso atribuirse un mérito que no le correspondía. “Declaro que no tengo parte alguna, ningún tipo de asociación con la composición de estas Obras diversas; éstas pertenecen totalmente al Autor y sólo a él. Puesto que lo tengo en alta estima, me apresuro a rechazar un honor que sólo sería una usurpación, tan contraria a la naturaleza de la amistad como a mi carácter personal” (Dumont en Bentham 1802: vi). Esto da muestra de hasta qué punto el traductor se reduce, por modestia, ante el autor.

En resumen, tras asimilar perfectamente las ideas principales de Bentham, Dumont las rescribe, las compone nuevamente, cambiando no sólo su estilo, sino también la argumentación, la distribución¹¹ y, en ocasiones, los resultados. Suprime las repeticiones o, lo que es muy particular de Inglaterra, añade precisiones, esclarece ejemplos abstractos con ejemplos concretos, escoge entre diversas variantes, completa partes apenas acabadas; en breve, vuelve el texto inteligible, cumpliendo así la primera tarea de un traductor. El trabajo de Dumont tenía esta particularidad que lo llevaba, a partir de una obra sin sentido alguno, a “componer”, por decirlo así, buena parte del original al mismo tiempo que producía una versión francesa. Como dijera muy a propósito Pyrame de Candolle (1829: 10) en su nota necrológica: “[...] si la parte inventiva pertenece a Bentham, la expositiva es por completo obra de Dumont”. Escribió además (1829: 14): “En todas la obra aparece el genio dominante de un hombre superior, secundado por un

¹¹ Su preocupación por la clasificación y la racionalización aparece claramente en este extracto de su discurso preliminar citado anteriormente: “De esta forma, tras subordinar todos estos temas a un plano general, cada rama de legislación ocupa el lugar que le corresponde y ninguna se encuentra repetida en dos divisiones” (Dumont en Bentham 1802: xi).

hombre de gusto, de capacidad”. La relación Bentham-Dumont se caracteriza de hecho por la colaboración de dos autores. En este sentido, tiene el valor emblemático de cualquier traducción realizada, como es debido, con una libertad creadora. La obra de Dumont en el campo de la traducción jurídica nos recuerda, además, que esta libertad creadora no existe solamente en traducción literaria.

Dumont, redactor talentoso

Aunque Étienne Dumont se consagró al servicio de la “causa” Bentham, Mirabeau, el gran tribuno, al igual que las autoridades de su querida república de Ginebra, también se beneficiaron de su don para la redacción. Mirabeau es una de las figuras más fascinantes de la Revolución; fue apóstol de la libertad y de los derechos individuales, víctima del despotismo y hecho prisionero en la Bastilla. Escandalizado por los privilegios abusivos de los aristócratas, se convirtió en enemigo acérrimo de la monarquía absoluta y el más ardiente defensor del régimen constitucional y del parlamentarismo que eran, a sus ojos, bastiones contra el despotismo y la anarquía. Dumont y Mirabeau nacieron para comprenderse.

En 1788, en París, Dumont conoció a Mirabeau (Bénétruy 1962: 152), cuando las circunstancias lo forzaron a prolongar una estancia que en un principio sería breve. El artífice de este encuentro “histórico” y determinante para los dos republicanos fue Samuel Romilly (1757-1818), brillante orador y amigo íntimo de Jeremy Bentham (Blount 1952: 157). Ambos intelectuales, Dumont y Mirabeau experimentaron pronto una profunda empatía: compartían las mismas opiniones sobre los cambios que debían operarse en la sociedad francesa. Algunos meses más tarde, a principios de 1789, se constituyó en torno a Mirabeau un grupo de trabajo conformado por cuatro ginebreses: Dumont, Du Roveray, Clavière y Reybaz. Este grupo sería conocido como el “Taller de Mirabeau”.

El talento de redactor de Dumont fascinó a Mirabeau, que admiraba particularmente la claridad de sus demostraciones, la lógica de sus deducciones y la pertinencia de sus aportes. Mirabeau, siempre ocupado en múltiples asuntos, no encontraba tiempo para hacer todo lo que se proponía, pero sabía aprovechar hábilmente el talento de sus amigos y colaboradores. Se conformaba con comunicar sus ideas a redactores, quienes se encargaban inmediatamente de darles forma. Dumont fue uno de estos obreros a la sombra, y no le molestaba trabajar tras bambalinas. La naturaleza de la colaboración que se estableció entre Dumont y Mirabeau recuerda un poco a la que existía entre Dumont y Bentham. Cuando trabajaba para Bentham, el ginebrés modificaba un texto extranjero, transponiéndolo en otra lengua; cuando se consagró al servicio de Mirabeau, explotó a fondo su vasto conocimiento de la lengua francesa, y en particular, de los recursos de la elocuencia.

La tarea principal de Dumont, cuando estaba al servicio de Mirabeau, era redactar artículos para *Le Courier de Provence*¹². Este periódico, instrumento de propagación de las nuevas ideas, es un verdadero modelo de crónicas parlamentarias, en el que se reportaban discursos y manifestaciones tumultuosas del público con locuacidad. Dumont, al igual que Du Roveray, Clavière y Reybaz, debía esforzarse por relatar lo más fielmente posible el tenor de los debates de la Asamblea nacional, sin omitir nada de su vivacidad. Estas asambleas deliberantes dieron lugar a vivas discusiones en el transcurso de las cuales Dumont se permitía criticar en ocasiones a Mirabeau. Este fragmento de una carta da prueba de esto:

Y qué bello relato de una conversación con Mirabeau... Intercambiamos nuestras observaciones sobre las asambleas populares y sobre el carácter que era necesario darles. Tan prodigiosa es su ambición de triunfo que esta gran pasión subyugará a los pequeños y amainará su despotismo, pues este escollo hace desaparecer cualquier talento. Teniendo en cuenta su ambición y, acomodándome a su estilo, le dije que había mucho amor propio en las convulsiones bajo la masa de su elocuencia, y que si él no ocultaba su sentimiento de superioridad por todos los medios que pudieran inspirar confianza y calmar las inquietudes de todos los que tuvieran pretensiones iguales a las suyas, se le tendría como un actor, mas no se le seguiría como a un líder (Martín 1942a: 24).

Le Courier de Provence aparecía tres veces por semana; sus artículos eran truenos que anunciaban la gran tormenta revolucionaria. Entre el 23 de marzo y el 22 de mayo de 1790 (Blount 1952: 164), Dumont publicó seis artículos de Jeremy Bentham, quien le explicaba el tema a través de notas en francés.

En términos generales, los textos de Dumont fueron poco corregidos por Mirabeau. Tal es el caso, por ejemplo, del importante texto *Motion pour l'inscription critique*. Este texto, redactado por Dumont, corresponde palabra por palabra al discurso que Mirabeau pronunció en la Asamblea:

Primera redacción

Je propose donc 1° qu'après l'organisation des municipalités, les Assemblées primaires soient chargées d'inscrire sur le tableau des citoyens tous ceux qui auront atteint l'âge de vingt et un ans, après leur avoir fait prêter serment de fidélité au Roi et aux lois de l'État. 2° que les assemblées primaires aient le droit de retarder depuis 21 jusqu'à 25 ans l'inscription de ceux

Texto corregido por Mirabeau y Dumont

Je propose donc simplement qu'après l'organisation des municipalités, les Assemblées primaires soient chargées de former un tableau des citoyens et d'inscrire chaque année dans un jour marqué, tous ceux qui auront atteints [sic] l'âge de vingt et un ans, après leur avoir fait prêter un serment de fidélité aux lois de l'État et au Roi (Bénétruy 1962 : 211-212. Las palabras en negrilla son

¹² Llamado inicialmente *États Généraux* en sus dos primeros números, publicados el 5 y 6 de mayo de 1789, luego se llamó *Lettre du Comte de Mirabeau à ses Commettans* [sic] entre los números 3 y 19 (10 al 24 de julio de 1789); posteriormente el periódico tomó el nombre de *Courier de Provence*. Del número 11 al 105 (junio de 1789 a marzo de 1790), los redactores principales fueron Du Roveray y Dumont. Este último terminó su colaboración con el *Courier* en marzo de 1790; el último artículo que publicó fue sobre el espíritu monástico (Mützenber 1979).

qui auroient attiré sur eux l'animadversion des lois ou de leurs supérieurs dans le service militaire. 3° que les Pères puissent retarder depuis 21 jusqu'à 25 ans l'inscription de leurs fils sur le tableau civique, sans être tenus d'exposer leurs motifs.

[Propongo entonces 1° que tras la organización de las municipalidades, las Asambleas primarias se encarguen de inscribir en una lista de ciudadanos a los que hayan alcanzado la edad de veintiún años, tras haberles hecho prestar juramento de fidelidad al Rey y a las leyes del Estado. 2° que las asambleas primarias tengan el derecho de retardar la inscripción desde 21 hasta 25 años de los que hubieran atraído la animadversión de las leyes o de sus superiores en el servicio militar. 3° que los Padres puedan retardar la inscripción desde 21 hasta 25 años de sus hijos en la lista cívica, sin verse obligados a exponer sus razones].

del texto de Mirabeau).

[Propongo entonces simplemente que tras la organización de las municipalidades, las Asambleas primarias se encarguen de formar una lista de ciudadanos e inscribir cada año, en una fecha señalada, todos los que hayan alcanzado la edad de veintiún años, tras haberles hecho prestar juramento de fidelidad a las leyes del Estado y al Rey].

La concisión, tan apreciada por Dumont, es particularmente visible en este pasaje. Las actividades de Mirabeau no le permitieron participar posteriormente en la redacción del *Courrier de Provence*; la tarea de asegurar su publicación caería totalmente sobre los ginebreses, que se esforzaron en mantenerse fieles a las ideas del conde.

Étienne Dumont es también autor de numerosos discursos de Mirabeau; los historiadores, sin embargo, no se ponen de acuerdo en lo que respecta a definir qué escribió Mirabeau y qué proviene de la pluma de Dumont. Sea como fuere, varias notas autógrafas que Mirabeau dirigió al redactor del *Courrier de Provence* dan prueba, sin lugar a dudas, de que el tribuno pronunció ante la Asamblea más de un discurso redactado completamente por Dumont (Martin 1942a: 29). Algunos autores atribuyen incluso gran parte del trabajo de redacción de los discursos de Mirabeau a Étienne Dumont: “Es bien sabido que, a imitación del teatro romano, en el que dos actores representaban un mismo papel, uno para la declamación y otro para los gestos, el señor Mirabeau sólo representaba los gestos, y siempre se apoyó en una persona escondida tras el telón” (Bénétruy 1962: 1). La persona tras el telón era generalmente Dumont. Pyrame de Candolle comparte esta opinión: “[...] Dumont fue llamado a menudo para redactar varios de los discursos que, pronunciados por Mirabeau, dieron a éste fama de orador” (Candolle 1829: 8). A principios de julio de 1789, Dumont redactó, palabra por palabra, un discurso destinado a los Estados generales y un mensaje al Rey. Algunos estudios recientes muestran que un buen número de ideas preconizadas por Bentham se encuentran en los discursos de Mirabeau. Esto se explica evidentemente por el hecho de que Dumont ya conocía los trabajos de Bentham y había conversado luengamente con él; ya había asimilado buena parte de la doctrina

del jurista inglés. Pero Mirabeau también conocía los temas principales y las obras de Bentham. Una carta de este último a Mirabeau, que data de 1789, lo confirma:

“Sir, I am proud, as becomes me, of your intentions in my favour. I look out with impatience for the period of their accomplishment. Meantime in addition to the honour of calling the Comte de Mirabeau my Translator and Preserver permit me that of styling myself his correspondent. As a sincere well-wisher and passionate admirer of the great nation in the affairs of which you are bearing so distinguished and honourable a part, can you allow me a place in your Journal for a few leading ideas relative to the business of finance?” (Citado por Blount 1952: 163).

“Señor, por mi parte, me siento orgullo de sus intenciones a mi favor. Anticipo impacientemente el período en el que se lleven a cabo. Entre tanto, al honor de tener al Conde de Mirabeau como mi Traductor y Preservador, se suma el de contarme como uno de sus corresponsales. Como sincero admirador esperanzado y apasionado de la gran nación en cuyos asuntos toma usted tan distinguible y honorable parte, ¿podría usted abrir un espacio en su Diario para publicar algunas ideas innovadores relacionadas con el asunto de las finanzas?”

Dumont parece haber sido más consciente que Mirabeau de la distinción que conviene respetar entre lo oral y lo escrito. Estimaba, con razón, que es un error publicar la transcripción de un discurso tal y como fue pronunciado, pues lo oral no obedece a las mismas reglas que lo escrito; ante este punto los dos hombres no estaban de acuerdo: “Dumont como buen periodista se quejó ante la exigencia del orador que reclamaba (al igual que tantos otros que antes han cometido el mismo error) la publicación integral de uno de sus discursos, en el que los acentos patéticos podrían entusiasmar una asamblea emotiva, pero que el sentido común del lector de sangre fría rechazaría” (Martin 1942a: 30).

A pesar de algunas divergencias en el punto de vista de aspectos secundarios, los lazos de amistad y de colaboración que tenían Mirabeau y Dumont eran muy estrechos. Prueba de ello es una carta de Mirabeau dirigida al protector de Dumont, el marqués de Lansdowne, cuando el ginebrés debió abandonar París para regresar a Inglaterra: “Me haríais mucho mal si me quitareis, o más bien si no me permitiereis al señor Dumont por más tiempo” (citado por Mützenbergr 1979).

Cuando la Revolución decayó y degeneró en violencia, Dumont salió de París y regresó a Inglaterra, poco antes de que Mirabeau muriera enfermo el 2 de abril de 1791. Cuando las nuevas de las atrocidades del *régimen del terror* llegaron a Inglaterra, Étienne Dumont se afligió profundamente; tuvo la impresión de ver corrompida la causa por la que con tanto ardor había luchado.

Algunos años después, cuando Ginebra recuperó su independencia (1814), Dumont no tardó en dirigirse allí; conservaba la esperanza de ver a Ginebra convertida en una república modelo. Sin embargo, lo esperaba una decepción: el Consejo adoptó una constitución que había sido redactada sin consultar a los especialistas en ciencias

sociales. El ginebrés emprendió la tarea de advertir al gobierno provisional, denunciando el comportamiento del Consejo y demostrando los peligros que acarrearía. Esta intervención le granjeó la animosidad de la clase aristocrática y creó en Ginebra un clima que Dumont, enemigo de la controversia, no pudo soportar. Estuvo a punto de volver a Inglaterra, pero sus conciudadanos, que lo tenían en alta estima, le pidieron asistir al Consejo representativo y soberano y le asignaron la tarea de luchar por la salvaguardia de las libertades cívicas.

En la República de Ginebra se aplicaba el código penal francés, pero éste no satisfacía a los magistrados, pues lo encontraban muy riguroso. Como miembro del Consejo representativo, Dumont tuvo el encargo de redactar un nuevo reglamento de procedimiento judicial en reemplazo del código francés. Este reglamento fue aceptado casi integralmente tanto en sus principios como en su forma el 16 de noviembre de 1814. Incluía un código de procedimiento para debates, que se convirtió en un modelo del género y hace parte, desde entonces, de la cultura judicial de Ginebra (Martin 1942a: 107). Para su redacción, Dumont se inspiró en gran medida en *Tactique des Assemblées législatives*, de Bentham. Entregó a los mandatarios de la nación un texto redactado con inteligencia, claridad y concisión, y que abarcaba todos los aspectos que podrían competir a un Gran Consejo nacional. “Dumont quería siempre proteger la minoría de manera que ésta pudiera dar a entender sus argumentos; mantener la unidad en el objeto del debate; conservar el orden cronológico de la discusión para que la asamblea no se encontrara tratando, por casualidad o por inducción, temas que no tuviera planeados; al igual que expresar la verdadera voluntad de la mayoría en conjunto con la ley, con cuya votación lograba uno de sus deseos más profundos” (Candolle 1829: 17).

Los discursos de Étienne Dumont ante los miembros del Consejo representativo llevaron al gobierno a formar una comisión para el establecimiento de una prisión. Instado por el humanista, el primero de marzo de 1822, dijo en una alocución: “Dad al cuerpo aire sano y puro y desaparecerán las enfermedades contagiosas; llevad a los hombres viciosos a un sistema en el que las virtudes se vuelvan para ellos en un medio de bienestar y produciréis necesariamente virtudes [...]” (citado por Sismondi 1829: 267). Su proyecto de ley relacionado con el régimen interior de la prisión modelo fue presentado en 1824 y pretendía rehabilitar los detenidos y facilitar su reinserción social. Inspirado una vez más en el trabajo de Bentham, preconizaba la reeducación de los delincuentes por medio del trabajo colectivo en prisiones panópticas. Este modo de construcción era una idea innovadora para la época.

En 1817, Dumont ofreció a los magistrados de Ginebra un código penal casi terminado, acompañado de un sistema razonado para justificar cualquier disposición y que seguía, esencialmente, el contenido de los manuscritos de Bentham (Candolle 1829: 19). Sin embargo, la fuerte influencia de la tradición legislativa británica con frecuencia se hacía evidente en el código, hecho éste que no fue del agrado de los ediles de Ginebra; fue necesario, entonces, adaptarlo a las realidades de la República. De esta

forma, el 28 de mayo de 1817, se encargó a Dumont, en calidad de consejero, la conformación de una comisión encargada de redactar un nuevo código penal (Sismondi 1829: 266). Esta comisión adoptó el plan de Dumont desde sus primeras sesiones, pero el proyecto dio lugar a innumerables reuniones y a interminables discusiones. Al cabo de cuatro años, Dumont retomó la iniciativa y decidió publicar el proyecto tal y como lo había propuesto inicialmente; los debates se prolongaron durante varios años. Cuando los consejeros de la República decidieron finalmente adoptarlo, su autor había dejado ya este mundo.

¿Un tratado sobre el arte de escribir?

Algunos hechos nos llevan a pensar que Étienne Dumont, al final de su vida, tuvo la intención de agrupar en un tratado sobre el arte de escribir sus reflexiones sobre la lengua, la gramática, la traducción y la retórica. En efecto, se han encontrado en sus documentos (Dumont ms. 18, 33, 67, 70) varios fragmentos de manuscritos correspondientes a “capítulos” sin numerar, pero con los títulos “Observaciones sobre la lengua francesa y sobre la pronunciación del francés”, “Lenguas, lenguaje, gramática”,¹³ “Sobre el arte de escribir, el estilo”, “Sobre el arte de hablar y de pensar”. El traductor consignó en estos escritos observaciones, generales o específicas, sobre la lengua francesa, sus cualidades, sus defectos, su buen uso, etc. Esta lengua fue, durante toda su vida, su instrumento de trabajo; instrumento que supo adaptar a las exigencias de rigor del lenguaje jurídico y legislativo, al igual que a los métodos utilizados por los grandes tribunos y administradores ginebreses, como hemos visto.

Para Dumont, la “analogía”, el “genio”, y la “armonía” constituían el carácter de una lengua. “La analogía se relaciona con las palabras y se conoce a través del diccionario”; tiene que ver con las raíces, las similitudes en las desinencias, los sufijos, los prefijos, etc. “El genio de una lengua depende de su sintaxis, es decir, la manera como procede en la organización de las frases”. El tercer aspecto es “la armonía o belleza de los sonidos, y que corresponde a la longitud de las palabras, a la variedad de desinencias, a la elección y al número de vocales, a las elisiones y a la facilidad de la pronunciación gutural, dental o labial”. Considerando que el mérito de una lengua es tomar el mayor número de palabras posible de una misma raíz, el traductor se convierte entonces en comparador: “la perfección en este aspecto se encuentra en la lengua griega. El inglés admite fácilmente la creación de nuevas palabras según las raíces, mientras que el francés no se presta mucho para esto; en inglés hay abundancia de términos abstractos, ausentes en la lengua francesa” (Dumont, ms. 70: 1-2). Hoy en día, se tiende a creer lo contrario.

¹³ En su manuscrito se lee: “No creemos poder terminar mejor este *ensayo* [...]”. Y también: “No nos atenderemos al orden alfabético, *pues la cuestión aquí no es presentar un tratado completo*” (Dumont, ms. 67: 90; subrayado en el texto). Además, el ms. 18: 74-80, titulado “Gramática” es manifiestamente una versión anterior de la sección “Gramática” del ms. 67, pues el contenido de estas dos fuentes es casi idéntico. Todos estos indicios nos llevan a creer que Dumont pensaba reunir en un tratado, un ensayo o un arte de escribir, algunas consideraciones sobre la lengua. Véase también la nota 20.

En el capítulo “Lenguas, lenguaje, gramática”, Dumont, maestro en el manejo de las lenguas, difiere de lo que manifiestan sus contemporáneos, entre ellos Rivarol¹⁴, quienes creían que la lengua francesa seguía el orden natural, en un grado más alto que la inglesa, y que el latín permitía las inversiones a un grado más alto que estas dos. Su espíritu cartesiano lo llevó a afirmar: “el orden natural es el orden inteligible” (Dumont, ms. 67: 88), el de la comprensión inmediata. Sin embargo, siguió la tendencia que imperaba en su época de creer que el francés era más fácil de aprender¹⁵, que por lo tanto podía contribuir más que cualquier otra lengua al progreso de la Ilustración y que era la lengua más propicia para servir como medio universal de comunicación. Sin embargo, dudaba en atribuir sólo a la lengua francesa las cualidades, esenciales a sus ojos, de claridad, concisión y precisión. Daba a entender, con buenas razones, que estas cualidades no son intrínsecas de las lenguas, sino que tienen que ver con el uso que se hace de ellas. Defendía el uso de frases cortas y simples y se mostraba enemigo de adiciones largas y de frases complejas, a favor de un estilo incisivo. Según él, una idea se comprende más fácilmente si está rodeada de pocas palabras, pues “la mente tiene menos distancia que recorrer” (Dumont, ms. 67: 89), argumentación que no resulta muy eficaz.

Étienne Dumont abordó la lengua de una manera lógica. Para él, la “pureza de la lengua” era sinónimo de “claridad de la lengua” y un lenguaje puro era el que representaba claramente las ideas de un autor. Incluso llegó a señalar: “Los mismos términos deben emplearse siempre con el mismo sentido; sin esto no puede haber claridad, pero es ésta una regla que no mencionan los retóricos” (Dumont, ms. 67: 67: 91-92). El traductor criticaba a los falsos puristas, que hacían el papel de policías de la lengua, imponiéndole arbitrariamente límites fijos que no es posible atravesar. “Atacan no a los que empobrecen la lengua, sino a quienes quieren enriquecerla” (*Ibid.*: 92) a través de la creación de nuevas palabras, principalmente. “Los verdaderos puristas son los lógicos que someten la lengua, en la medida de lo posible, a reglas de analogías y que, para evitar la oscuridad y el equívoco, inventan palabras distintivas y características” (*Ibid.*).

¹⁴ “Lo que distingue a nuestra lengua de las lenguas antiguas y modernas es el orden y la construcción de la frase. Este orden debe ser siempre directo y necesariamente claro. El francés nombra primero el *sujeto* del discurso, luego el *verbo*, que es la acción, y por último el *objeto* de esta acción: esta organización es natural para todos los hombres; esto constituye el sentido común. Ahora bien, este orden, tan favorable, si bien es necesario para el razonamiento, es casi siempre contrario a las sensaciones, que nombran en primer lugar el objeto, que se percibe primero” (Rivarol 1784, 1966: 112). Tales afirmaciones, en nuestros días, harían reír a los etnolingüistas.

¹⁵ “Un extranjero lo aprende mejor en diez meses que el latín en tres años”. Más adelante escribe: “Son suficientes cinco o seis meses de una aplicación mediocre para que un hombre medianamente culto pueda leer muy fácilmente las lenguas modernas; esto ya lo he observado relativamente con el francés; el alemán puede ser la excepción (Dumont, ms. 67: 88).

Esta necesidad de lógica y de claridad llevó a Dumont a dar lecciones de precisión a los Académicos, criticando varias de las definiciones de su diccionario. “Pocas veces encuentro en el *Dictionnaire de l’académie* una definición que me satisfaga” (Dumont, ms. 67: 90), escribió.¹⁶

OBEDIENCIA. – Acción de obedecer ¿Es esto una definición? No, y sin embargo la definición es fácil. *Un acto de obediencia es todo acto hecho para ejecutar la orden de un superior* (Dumont, ms. 67: 90-91).

En varias ocasiones, el traductor juzgaba severamente y corregía a los miembros de la Academia.

TEORÍA. – Conocimiento que se detiene en la simple especulación sin pasar por la práctica: esa es la definición de la academia. Defectuosa hasta llegar a lo absurdo. [...] La teoría es el conjunto de conocimientos que poseemos sobre un tema específico presentado en un orden tal que es posible deducir reglas útiles para la práctica.¹⁷

PERDERSE – La Academia define [esta palabra] así: *salir de su camino*. Tal definición es muy vaga pues es posible salirse del camino sin perderse. Perderse es *desviarse sin saber el fin al que se dirige*. (*Ibid.*: 93).

Dumont, con su mente lógica y rigurosa, reveló aun más su preocupación por las palabras cuando se hizo lexicógrafo y procedió al análisis de unas veinte series de sinónimos. Precisó los sutiles matices semánticos que diferencian, por ejemplo las siguientes palabras, frecuentes en el lenguaje jurídico francés: *dispute* [disputa], *altercation* [altercado], *chicane* [pleito], *différend* [diferencia], *démele* [discusión], *contestation* [contestación], *contention* [contención], *dissension* [disensión], *controverse* [controversia], *débat* [debate], *querelle* [querrela], *grabuge* [gresca], *brouillerie* [desavenencia] y *discordie* [discordia]. Afirmaba que “estas palabras expresan una diferencia de opinión o una oposición de intereses o una apatía de humor entre dos o más personas. Algunas implican siempre censura, mientras que otras tienen un sentido neutro” (*Ibid.*). Dumont, conocía los arcanos de la lengua por haber traducido asiduamente, buscaba matizar fielmente las ideas de los otros y se quejaba de la imprecisión de los diccionarios. Con relación a la serie *conversation* [conversación], *entretien* [entrevista], *conférence* [conferencia], *colloque* [coloquio] y *dialogue* [diálogo], escribe: “Si se buscan estas palabras en Beauzée¹⁸ y en la enciclopedia sólo se

¹⁶ Dumont, muerto en 1829, disponía aparentemente de la quinta edición del diccionario (1778), o de una anterior (1694, 1718, 1740, 1762), pues la sexta edición apareció en 1835.

¹⁷ El *Petit Robert* (1993) le da la razón: “Conjunto de ideas, de conceptos abstractos, más o menos organizados, aplicado a un campo particular”.

¹⁸ “Nicolas Beauzée (1717-1789) fue uno de los gramáticos franceses que emprendieron la tarea de realizar un enlace entre el pensamiento enciclopédico, el lenguaje y las lenguas. Fue nombrado profesor de la École Royale Militaire en 1753 y, a la muerte de Du Marsais en 1756, se le encargó la redacción de los artículos de gramática para *L’Encyclopédie*; estos artículos forman la base de su célebre *Grammaire générale, ou Exposition raisonnée des éléments nécessaires du langage, pour servir de fondement à l’étude de toutes les*

encuentran cosas superfluas y lo esencial no se encuentra” (*Ibid.*). El traductor deplora también las lagunas del diccionario de Guizot,¹⁹ que omitió las palabras “*persiflage*” [guasa] (palabra muy novedosa entonces), “*moquerie*” [burla], “*ironie*” [ironía], “*dérision*” [irrisión] y “*raillerie*” [mofa]. Todos estos ejemplos dan prueba de las exigencias de precisión lexical que reclamaba Dumont por conciencia profesional.

Sobre el arte de escribir y el arte de hablar y de pensar, el traductor dejó unas quince cuartillas. En estos “capítulos” presentó, muy sucintamente, su concepción de estilo y las cualidades de una buena traducción (v. anexo, Recolecciones). Es posible apreciar que su ideal era, una vez más, la limpidez en la escritura por medio de la economía de palabras. “Un escritor difuso me da la idea de un gran parlanchín que abusa de la fecundidad de su lengua y cree poder multiplicar las ideas si multiplica las palabras” (Dumont, ms. 67: 104).

Para poder ser publicables, todos los capítulos esbozados tendrían que haber sido revisados y ordenados; sin embargo, el traductor no tuvo tiempo de dedicarse a este trabajo.²⁰ Étienne Dumont pensaba quizás incluir en la obra en preparación anécdotas y chascarrillos ocurridos en su paso por los numerosos salones que frecuentó y por los banquetes a los que fue convidado: otros tres capítulos retranscritos en limpio y que constan de 45 cuartillas refieren algunas anécdotas, en su mayoría entretenidas; y dado que la gula era el punto débil de nuestro traductor, varias de ellas se desarrollan en banquetes. Estas anécdotas, ideas y reflexiones, propias de un gran humanista, nos muestran a un Dumont observador, divertido con sus contemporáneos, como La Bruyère o el duque de La r. He aquí varios ejemplos:

Los ultrarealistas, decía un sabio, no pueden esconder la verdad, pero se esconden ellos mismos en ella, y cuando no pueden ver nada, piensan que ya no hay luz que pueda brillar en el mundo (Dumont, “Anecdotes diverses”, ms. 67: 79).

Un avaro, decía el Sr. Simond, es un hombre que se sirve de otro para gastar su dinero (*Ibid.*).

Una mujer sensata y espiritual me dijo hablando de los modos y del espíritu de la época: no temo a la hipocresía de los otros, sino a la mía propia (*Ibid.*: 81).

langues [Gramática general, o exposición razonada de los elementos necesarios del lenguaje, para servir de fundamento al estudio de todas las lenguas] (1767)” (D’huilst 1990 : 41).

¹⁹ François Guizot (1787-1874) historiador, autor y político, publicó en 1809 un *Dictionnaire des synonymes français*, en dos volúmenes. Una tercera edición “revisada y corregida cuidadosamente” apareció en 1833, cuatro años después de la muerte de Dumont.

²⁰ El manuscrito “Sobre el arte de hablar y de pensar”, escrito con esmerada caligrafía, parece haber sido sometido a un editor, pues en la parte inferior de una cuartilla (p. 112) se lee la siguiente nota: “El editor afirma que las ideas están dispersas en el manuscrito original; estas no tenían relación con lo anterior”. Es posible preguntarse si una mano diferente a la de Dumont intentó hacer con sus manuscritos lo que él había hecho con los de Bentham, y si se trabajó en la preparación de una edición póstuma de los escritos del traductor.

El señor de... estando en Petersburgo se asombraba de todo como si pensara que sólo le darían hierbas; admirando en la mesa de Narischkin²¹ un soberbio pavo, preguntó si era del país “¡Ah! – Le respondió el amo de la casa –, a veces nos vienen también del extranjero” (*Ibid.*: 79).

Étienne Dumont se destacaba también en los epigramas, aunque jamás publicó ninguno. Pero tenemos una idea de su estilo por este breve poema satírico que le inspiró la lectura de un libro de historia publicado por un novelista (citado por Candolle 1929: 21):

Hábil historiador cuando escribe un cuento largo,
Pero débil narrador cuando sobre historia escribe,
Si está inventando sí se le cree:
Si está narrando, ¡mejor evitarlo!

Los traductores de Dumont

Las obras de Bentham fueron conocidas mundialmente gracias a la versión francesa de Étienne Dumont, que sirvió como enlace, del mismo modo que las traducciones de Jean-François Ducis (1733-1816) sirvieron de enlace para la difusión del teatro de Shakespeare en varios países europeos (Delisle y Woodsworth 1995: 86; 2005: 62). Las obras de Dumont adquirieron el estatus de obras originales y fueron traducidas como tal. A título de ejemplo, se puede citar el trabajo de Toribio Núñez, autor de la primera traducción de Bentham al español. Núñez conoció las ideas de Bentham, principalmente las de *Traité de législation*, a través de las publicaciones francesas difundidas en Portugal. De la península ibérica las doctrinas del jurista pasaron inmediatamente al mundo latinoamericano. El trabajo de Dumont sirvió también como base a las versiones rusa y alemana de la obra de Bentham y a traducciones en muchas otras lenguas. Más sorprendente aún resultan varias traducciones al inglés, la lengua del autor principal.

La primera de estas traducciones es la de John Neal (1793-1876); se trata de *Principles of Legislation from the Manuscripts of Jeremy Bentham, by M. Dumont (translated and edited by John Neal)*. Esta versión data de 1830 y apareció sólo un año después de la muerte de Dumont. Neal admiraba tanto a Dumont como a Bentham:

[...] of what he [Bentham] has written, hardly a fourth part in bulk, and perhaps not a fiftieth part in value, has ever appeared in the native language of the author... until, within a very few years, the most valuable of his works were not only unknown to the great body of English every where, but actually unheard of... And this, while they were to be found in every public library of Europe, out of the author's country – and upon the table of every statesman, jurist or philosopher of the continent; this after nearly ten thousand copies of one work in three large octavo volumes and nearly as many more of several other works by the same author, had been rescued by a foreigner from a heap of neglected manuscripts – a treasury of wisdom – [...] worked over into French, published at Paris –

²¹ De los Narychkine, familia noble rusa, provenía Nathalie, segunda esposa del zar Alejo I. De esta unión nacería el futuro Pedro el Grande.

retranslated, and republished in four or five other languages, and circulated in chapters throughout every corner of the globe [...] (citado por Blamires 1990: 59).

[...] de lo que [Bentham] ha escrito, menos de una cuarta parte en total, y quizás ni una quincuagésima parte en valor, ha aparecido en la lengua materna del autor.... Hasta hace muy pocos años, sus obras más valiosas no sólo eran desconocidas por la mayor parte del público de habla inglesa en todo el mundo, sino que nunca habían oído hablar de ellas... En cambio, se encontraban en cualquier biblioteca pública de Europa, fuera del país del autor, y sobre la mesa de cualquier estadista, jurista o filósofo del continente. Todo esto después de que unas diez mil copias de una obra en tres grandes volúmenes y casi igual número de otras obras del mismo autor hubieran sido recatadas por un extranjero a partir de un grupo de manuscritos rechazados – un tesoro de sabiduría – [...] traducido al francés, publicado en París; retraducido y reeditado en cuatro o cinco lenguas distintas y publicado en capítulo en todos los rincones del globo [...]

John Neal fue, por tanto, el primero en dar a conocer en inglés las ideas de Bentham en América del Norte. Sin embargo, su traducción, por alguna razón desconocida, no parece haber tenido mucho eco.

La segunda traducción al inglés es la de Robert Hildreth (1807-1865), abogado estadounidense, nombrado cónsul general de Estados Unidos en Trieste en 1861 y luchador activo en el movimiento contra el esclavismo. Sus conocimientos jurídicos y su compromiso antiesclavista hacían de él la persona ideal para traducir a Dumont.

Esta traducción de Hildreth, la que verdaderamente dio a conocer la obra de Bentham a los hombres de leyes estadounidenses, data de 1864, treinta y dos años después de la muerte del jurista. La traducción incluye un largo prefacio analítico del traductor, del que presentamos un fragmento pertinente para nuestro trabajo:

[...] but his [Bentham] works, in any compact and collected form exist only in French. [...] he was not skilful in the art of composition. Though endowed with a great genius for investigation, he lacked the talent of communicating his ideas. [...] he produced an immense mass of manuscripts, containing a fund of most valuable ideas, but unshaped, unarranged, and in a state quite unfit for publication. Fortunately for the cause of science, these materials were not left to perish; an interpreter, a compiler, a spokesman was found, every way worthy of the task he assumed (Hildreth, en Bentham 1876: iii-iv).

[Pero las obras [de Bentham], en forma compacta y reunida, existen sólo en francés. [...] no era particularmente habilidoso en el arte de la composición. Aunque dotado con un gran genio para la investigación, carecía del talento para comunicar sus ideas. [...] produjo una inmensa cantidad de manuscritos, que reunían valiosísimas ideas, aunque presentadas de forma desordenada e imposibles de publicar. Afortunadamente para la causa de la ciencia, estos materiales no fueron echados al olvido. Apareció un intérprete, compilador, vocero que cumplió con dignidad la tarea que asumió]

En francés, por su parte, el traductor Benjamin Laroche publicó en 1834, en Bruselas, una reedición de las obras de Étienne Dumont en cuatro volúmenes y añadió, en el

cuarto, su propia traducción de una obra inédita de Bentham, *Déontologie ou science de la morale* [Deontología o ciencia de la moral] (Bentham 1834). En su prefacio, el traductor, siguiendo el ejemplo de su predecesor, expresa la dificultad que plantea a un traductor francés la traducción de una obra de Bentham:

La traducción de esta obra presentaba dificultades de una naturaleza especial y que no me jacto de haber superado completamente. Se trataba de trasladar, en nuestra lengua filosófica, la fraseología nerviosa, original, en ocasiones extraña, siempre profundamente justa y verdadera, del escritor más conciso, más elíptico, más ecónomo de las palabras [...]. Aquí los circunloquios estaban prohibidos; no era posible utilizar perífrasis; el sistema de equivalencias no era admisible. Era totalmente necesario tomar la palabra para comprender el objeto; pues, para la pluma del filósofo inglés, la palabra está tan estrechamente ligada al objeto que se vuelven inseparables. De ahí la necesidad de crear algunas locuciones nuevas, a las que no podemos negarnos a otorgar derecho de burguesía si queremos que la expresión sea exacta representación del objeto expresado (Laroche en Bentham 1834: i-ii).

En su prefacio, el traductor intenta diferenciar precisamente la significación de las palabras *benevolence* y *beneficence* [sic] que emplea Bentham, tal y como lo había hecho antes de él Étienne Dumont (ms. 33: 167-168). Muchas otras palabras fueron también objeto de estudio por parte de Laroche: “*convenance*” e “*inconvenance*”, por ejemplo, que necesitan acepciones más largas que las que la lengua empleada en la época les atribuía. En cuanto a las innovaciones en la lengua necesarias para la *Déontologie ou science de la morale*, Laroche confió totalmente en su sentido común, como lo hizo Dumont.

En el año 1875 apareció la traducción de otro texto de Bentham: *La Religion naturelle, son influence sur le bonheur du genre humain*. Esta traducción, obra de M.E. Cazelles, fue realizada a partir de los documentos de Bentham editados por George Grote. Esta traducción es particular en la medida en que Grote parece haber tenido una posición sobre Bentham semejante a la que tenía Dumont. Entre 1820 y 1830 Grote “dedicó mucho tiempo a manuscritos de Jeremy Bentham, que el venerable pensador había confiado a su joven discípulo para que les diera una forma legible. Tras haber comprendido y organizado este conjunto de materiales, Grote publicó, en 1822, un pequeño volumen en octavo, con el título de *Analysis of the Influence of the Natural Religion on the Temporal Happiness of Mankind, by Phillip Beauchamp* [Análisis de la influencia de la religión natural en la felicidad temporal de la humanidad, por Phillip Beauchamp]” (Cazelles en Bentham 1875: vi).

La obra de Grote no pasó desapercibida, pues se encuentra un pasaje que la elogia en las *Mémoires* de John Stuart Mill, autor, entre otras, de *Three Essays on Religion* [Tres ensayos sobre religión]. “Entre los libros que he leído en lo que va de este año [1822], debo mencionar una obra escrita a partir de ciertos manuscritos de Bentham, publicada bajo el nombre de Philip Beauchamp y con el título de *Analysis of the Influence of the Natural Religion on the Temporal Happiness of Mankind*” (Mill en Bentham 1875: v). Grote

y Cazelles hicieron juntos lo que Dumont realizó solo; Grote se encargó del trabajo de desciframiento (1822), mientras que Cazelles produjo la traducción cincuenta y tres años más tarde (1875).

Conclusión

Étienne Dumont tuvo una existencia feliz de hombre célibe, adornada por las gracias del estudio, las dichas de la amistad, las discusiones de salón en las que brillaba, los placeres de la mesa y los viajes. Precisamente en un viaje de placer por el norte de Italia lo alcanzó la muerte. En agosto de 1829, cuando se dirigía de Venecia a Milán, cayó en un estado de somnolencia, estado que se agravó y se hizo alarmante. Todos los tratamientos resultaron inefectivos: la parálisis cerebral y la gangrena en los intestinos le acarrearón la muerte, afortunadamente, sin mucho sufrimiento. Étienne Dumont dejó de existir a la edad de 70 años, un 30 de septiembre, en la fiesta del patrón de los traductores, san Jerónimo. Sus restos fueron transportados a Ginebra, su bienamada patria, como siempre lo deseó.

Jeremy Bentham, por su parte, murió en Londres, tres años después de Dumont, a la edad de 85 años. Según su última voluntad, su cuerpo fue disecado en presencia de sus amigos. Su esqueleto fue enseguida reconstituido y su cabeza, momificada y reemplazada por una máscara de cera. Esta “momia” se encuentra desde entonces en una vitrina en el University College, en Londres. Bentham era algo más que excéntrico.

Los nombres de Jeremy Bentham y de Étienne Dumont son por siempre inseparables; fueron recíprocamente necesarios para su gloria. Se cuenta que un padre de familia, adepto ferviente del utilitarismo, llamó a uno de sus hijos “Dumont-Bentham”... El juriconsulto inglés trató de instituir una nueva base para la política y la legislación; si triunfó fue en parte gracias a los dones particulares de su traductor-compiler, que pudo compensar sus deficiencias y que le seguía casi con los ojos cerrados. “Dumont tenía todos los talentos, pero le faltó la chispa del genio. Bentham no tenía la gracia, el sentimiento, la claridad en la mente y en la escritura de Dumont, pero tenía el genio que siguió su discípulo, su intérprete, su amigo” (Martin 1942a: 77). Algunas personas desprovistas del genio personal tienen a veces el don de estimularlo o de resaltarlo en otros; tal fue incontestablemente el caso de Dumont. Él fue más que un vulgarizador, si se entiende por “vulgarización” una simplificación excesiva y reductora; fue un gran clarificador y difusor de las tesis del “viejo loco de Bentham”, como lo llamaba Goethe. Su mérito no es pequeño: “¡Ignoro para qué planeta escribe este autor!”, exclamó un día Dumont (citado por Martin 1949); y sin embargo logró sacar a la luz las ideas en constante ebullición del hombre de leyes británico. Con el transcurrir del tiempo, hay que reconocer que gracias a la obra de Étienne Dumont y a los que retradujeron su obra al inglés (N. Neal y R. Hildreth, principalmente) la obra de Bentham goza de reconocimiento universal. “*Dumont turned chaotic unfinished and unpolished manuscript material, a mixture of French and English, into complete and well-written*

books, and his attractive French recensions brought the English thinker a wide international audience in the first decades of the nineteenth century” [Dumont convirtió un material manuscrito inconcluso y poco pulido, mezcla de francés y de inglés, en libros completos y bien escritos, y sus exposiciones atractivas en francés dieron al pensador inglés una audiencia internacional amplia en las primeras décadas del siglo XIX] (Blamires 1990: 59).

La mayor parte de los manuscritos de Bentham se conserva en el University College, pero faltan algunos que sólo el trabajo de traducción-compilación de Étienne Dumont permite reconstituir. Es, principalmente, el caso de *Essay on Political Tactics* (1791), del cual sólo queda la versión de Dumont, *Tactique des Assemblées législatives* (1816).²² Este hecho no es único en la historia de la traducción. De hecho, una de las funciones de la traducción es permitir la conservación de obras cuyos originales se perdieron.²³ En cuanto a los manuscritos personales de Dumont, se conservan en la *Bibliothèque publique et universitaire* en Ginebra. Es de esperar que algún día sean explotados en su totalidad y que nos den más información sobre este talentoso traductor. Dumont, que siempre supo resaltar la importancia de los escritos inconclusos de otros, principalmente los de Bentham y los de Mirabeau, merece que se haga lo mismo con sus propios manuscritos. Su ciudad natal se lo debe.

La palabra traducción adquiere, por último, con Étienne Dumont un sentido considerablemente amplio, en razón del carácter inconcluso de los materiales originales a partir de los cuales tuvo que trabajar. Pero el caso particular de la colaboración Bentham-Dumont recuerda, por lo extremo, que todo traductor es fundamentalmente “coautor” de la obra recreada con los recursos expresivos de otra lengua. En el caso que nos atañe, el modelo original, si es posible hablar de modelo, se reducía a su más simple expresión; era, por lo menos, fragmentario, parco... En ocasiones, sólo existía un conjunto de notas, borradores y reflexiones transcritas rápidamente; *y sin embargo, fue posible realizar la traducción*. Puede decirse de Dumont, intérprete de Bentham, lo que Montaigne dijo de Jacques Amyot, traductor de Plutarco: “[...] veo en toda su traducción un sentido tan bello, tan bien articulado y aclarado que, o entendió realmente la imaginación verdadera del autor, o bien que, tras larga conversación y una vez sembrada vivamente en su alma la idea general de lo que Plutarco quiso decir, no le prestó nada que lo desmienta o que lo desdiga” (Montaigne 1965, I: 434). Dumont, en verdad, *sembró en su alma* la de Bentham.²⁴ La traducción en el verdadero sentido del término se realiza plenamente cuando hay

²² Según C. Blamires (1994: 27), Bentham atribuye la pérdida de su manuscrito a Dumont mismo. Esto lo concluye de una carta dirigida al sobrino del traductor Jacob-Luis Duval, fechada el 20 de octubre de 1829 (Bibliothèque publique et universitaire de Ginebra, ms. fr. 3787).

²³ Para ejemplos de obras griegas conservadas gracias a traducciones árabes, véase A. R. Badawî (1968), *La Transmission de la philosophie grecque au monde arabe*.

²⁴ Diderot (1875: 236) expresó una opinión similar a la de Montaigne: “Sólo hay una forma de verter fielmente un autor de una lengua extranjera a la nuestra: tener el alma transida por las impresiones que se han recibido y no estar satisfecho con la traducción hasta que ésta despierte las mismas impresiones en el alma del lector”.

comunicación de las almas, es decir, complicidad íntima y fecunda de inteligencia y sensibilidad.

Étienne Dumont se impregnó de las ideas del autor, pero también, y sobre todo, se dejó impregnar por su proyecto de escritura, de la orientación de su esfuerzo creador. Precisamente, se mostró fiel a este impulso creador; prueba de ello fue que su maestro nunca lo desaprobó y que sus traducciones-compilaciones siempre fueron bien recibidas. “[...] El autor no vio sus ideas desfiguradas o falsificadas, puesto que continuó confiándome sus manuscritos”, escribió Dumont en su prefacio a *Théorie des peines et des récompenses* (Bentham 1811: ix). En este contexto, la fidelidad a las palabras, a las frases, a los párrafos, no tiene sentido. Esta fidelidad formal, que si bien es deseable en el caso de las obras finalizadas, debe abrirle espacio a una fidelidad de otro tipo: la fidelidad al genio creador.

Nota: Agradecemos a Cyprian Blamires, de University College de Londres, por la información y los documentos que amablemente nos facilitó. Queremos también expresar nuestra gratitud a Dominique Zumkeller, archivista adjunto de los *Archives d'État* de Ginebra, al personal de *Service des manuscrits* y al conservador de la *Bibliothèque publique et universitaire* de la Ciudad de Ginebra, Étienne Burgy. Por último, agradecemos a Jean Delisle y a Paul A. Horguelin por haber releído nuestro texto.

Anexo

RECOLECCIONES

EL MÉRITO DE UNA TRADUCCIÓN

El mayor mérito de una traducción sería dejar al lector, con relación al estilo, la misma impresión que dejó el original. Nada más difícil que conservar la actitud, si es posible hablar así, y la fisonomía de un modo de expresión. Las palabras desplazadas cambian todo; el orden cambia: lo que era el primer objeto se encuentra como eclipsado por otro; el interés ya no está en el mismo punto. Se piensa que las lenguas con sintaxis inversa tienen una gran ventaja sobre la nuestra, pero nuestros buenos escritores saben construir sus frases de manera que ponen los términos dominantes donde produzcan mejor efecto. Si se intentara cambiar a Bossuet o a Rousseau, siempre se perdería este efecto (Dumont, “Sur l’art d’écrire”, ms. 67: 102).

TRADUCTOR DESDEÑADO

Un buen traductor es, en principio, muy mal recompensado por sus sufrimientos; autores mediocres y poetas menores lo miran, desde lo alto de su invención, con desdén; pero después el tiempo se encarga de vengarlo, pues si sus trabajos le sobreviven, él se vuelve necesario. Amiot, d’Olivet, etc., perdurarán, quizás, tanto como la lengua francesa. Es este un consuelo para esta laboriosa clase de escritores. Yo no quisiera traducir, decía alguien con su orgullo de autor menos que mediocre; no conocía el precio de un buen original (Dumont, “Sur l’art d’écrire”, ms. 67: 102-103).

UNA BELLA EXPRESIÓN

Una bella expresión hace en una idea lo que un rayo de sol opera en los objetos, todo deviene más sensible y fuerte. Este tipo de expresiones son para la mente lo que el telescopio es para el ojo: acortan las distancias (Dumont, “Sur l’art d’écrire”, ms. 67: 102).

EL ARTE DE ESCRIBIR

No cultivar la mente, madurar las obras sin hablar sobre ellas, es comprimir pólvora en un tubo. Extenderse, evaporar las ideas, es incendiarlas poco a poco.

En los ensayos de los jóvenes, el estilo divaga. No tienen una intención dominante; no concretan sus ideas, no concentran sus esfuerzos en un punto único; escriben como

caminan los niños, con pequeñas excursiones, con pequeños saltos; olvidan el propósito y no siguen una ruta, sino que caminan sin rumbo.

Un músico decía a Rousseau: antes me gustaba hacer ruido, ahora intento hacer música. También hay escritores así; los que sólo hacen ruido, que emiten sin cesar el *fortissimo* en el estilo, que tienen una energía afectada, que algunas veces asombran, pero que no van nunca al corazón (Dumont, “Sur l’art d’écrire, ms. 67: 101).

LA ECONOMÍA EN LA DISTRIBUCIÓN

No es suficiente que una imagen sea justa, clara, conforme al tono del tema. La regla más delicada es la economía en la distribución de las imágenes, sobre todo en prosa. Si la expresión natural es lo suficientemente clara, la imagen es sólo un ornamento. Las imágenes bellas son las que nos llaman con fuerza, nos impactan; las que concentran varias ideas en un solo punto y confortan el alma ayudando la memoria; pero no es sólo que la idea tenga que ser embellecida, es que merece serlo. (Dumont, “Sur l’art d’écrire, ms. 67: 105).

UN PAIS SIN ABORÍGENES

Hay hombres cultos que no tienen ninguna genealogía en sus ideas. Su cabeza es, por así decirlo, un país lleno de extranjeros en el que se buscan aborígenes en vano. (Dumont, “Sur l’art de parler et de penser, ms. 67: 112).

LOS SUBURBIOS DE LA PÁGINA

Cuando se habla de una obra en la que el fondo es poco importante, pero que tiene notas enormes, se dice que los suburbios son tres veces más grandes que la ciudad (Dumont, “Anecdotes diverses”, ms. 67: 80).

Referencias

1. Fuentes

a) *Fuentes manuscritas*

Bibliothèque publique et universitaire de Ginebra, Fonds Étienne Dumont :

Ms. 18, Grammaire, p. 74-80

Ms. 33, Correspondance, p. 91-98, 161-162, 167-168

Ms. 55, Manuscrits, mai 1804, p. 1-16

Ms. 67, Anecdotes anglaises, p. 61-72; Anecdotes en Angleterre, p. 73-76; Anecdotes diverses, p. 77-85; Langues, langage, grammaire, p. 87-99; Sur l'art d'écrire, p. 101-106; Sur l'art de parler et de penser, p. 111-114.

Ms. 70, Note sur Bentham, p. 11; Observations sur la langue française / Observation sur la prononciation du français, p. 15.

Cartas de Cyprian Blamires (Londres) a Hannelore Lee-Jahnke (Ginebra), 22 de mayo de 1997, 16 de septiembre de 1997.

b) *Fuentes impresas*

Bentham, Jeremy (1776), *A Fragment on Government [...]*, Londres, T. Payne, 208 p.

Bentham, Jeremy (1787), *Defence of Usury [...]*, Londres, T. Payne, 206 p.

Bentham, Jeremy (1789), *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, Londres, T. Payne, 435 p. (Impreso en 1780).

Bentham, Jeremy (1790), *Apologie de l'usure, rédigée en forme de lettre adressée à un ami*, trad. de l'Anglois, Paris, Chez Lejay fils, 122 p.

Bentham, Jeremy (1791), *Essay on Political Tactics [...]*, Londres, T. Payne, 64 p.

Bentham, Jeremy (1791), *Panopticon; or, The Inspection House [...], a series of letters, written in the year 1787*, Londres, T. Payne, 3 vol. (Reimpresión de la edición de Dublín).

Bentham, Jeremy (1791), *Le Panoptique, Mémoire sur un nouveau principe por construire des maisons d'inspection [...]*, Paris, Imprimerie nationale, 56 p.

- Bentham, Jeremy (1802), *Traité de législation civile et pénale, publiés en François par Ét. Dumont, de Genève, d'après les Manuscrits confiés par l'Auteur*, Paris, Bossange, Masson et Besson, 3 vol.
- Bentham, Jeremy (1811), *Théorie des peines et des récompenses, ouvrage extrait des manuscrits de M. Jérémie Bentham, jurisconsulte anglois, par Ét. Dumont*, Londres, Dulau, 2. vol.
- Bentham, Jeremy (1816), *Tactique des Assemblées législatives, suivie d'un Traité des sophismes politiques, ouvrages extrait des Manuscrits de M. Jérémie Bentham, Jurisconsulte anglois, par Ét. Dumont*, Paris, Ginebra, J. J. Paschoud, Imprimeur-Libraire, 2 vol.
- Bentham, Jeremy (1817), *Plan of Parliamentary Reform [...] Londres*, R. Hunter, 337 p.
- Bentham, Jeremy (1818), *Théorie des peines et des récompenses, ouvrage extrait des manuscrits de M. Jérémie Bentham, jurisconsulte anglois, par Ét. Dumont*, 2^o ed., Paris/Londres, Bossange et Masson, 2 vol.
- Bentham, Jeremy (1823), *Traité des preuves judiciaires, ouvrage extgrait des Manuscrits de Jérémie bentham par Ét. Dumont*, Paris, Bossange frères, 2 vol.
- Bentham, Jeremy (1828), *De l'organisation judiciaire et de la codification, extraits de divers ouvrages de Jérémie Bentham par Ét. Dumont* Paris, Bossange frères, x1-483 p.
- Bentham, Jeremy (1834), *Déontologie ou science de la morale, traduit par B. Laroche*, en J. Bentham, *Œuvres*, t. 4, Bruselas, Société belge de librairie.
- Bentham, Jeremy (1840), *Théorie des peines et des récompenses, extrait des manuscrits de Jérémie Bentham par Ét. Dumont*, Bruselas, Société belge de librairie, 3 vol.
- Bentham, Jeremy (1875), *La Religion naturelle. Son influence sur le bonheur du genre humain, d'après les papiers de Jérémie Bentham, par George Crote, traduit de l'anglais par M. E. Cazelles*, Paris, Librairie Germer Baillière, xxvii-162 p.
- Bentham, Jeremy (1876), *Theory of Legislation by Jeremy Bentham, translated from the French of Étienne Dumont by R. Hildreth*, Londres, Trübner & Co., 472 p.
- Bentham, Jeremy (1970), *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, publicado bajo la dirección de J. H. Burns y H. L. A. Hart, Londres, Universidad de Londres / The Athlone Press, xliii-343 p.
- Bentham, Jeremy (1977), *Le Panoptique (1^o ed. 1791), precedé de « L'œil du pouvoir », entretien avec Michel Foucault, postface de Michelle Perrot*, reimpresión de la edición de 1791 publicada por Imprimerie nationale, Paris, P. Belfond, 223 p.

Bentham, Jeremy (1987), *The Theory of Legislation by Jeremy Bentham* (1° ed. 1931), publicado bajo la dirección de C. K. Ogden, Littleton (Colorado), Fred B. Rothman, li-555 p.

Dumont, Étienne (1797), “Législation. Letre aux Rédacteurs de la *Bibliothèque Britannique* sur les ouvrages de Bentham», en *Bibliothèque Britannique*, t. 5, « Littérature », p. 155-164

2. Estudios

Badawî, A. R. (1968), *La Transmission de la philosophie grecque au monde arabe*, París, Vrin, coll. “Études de philosophie médiévale”, rf. 56.

Bénétruy, J. (1962), *L’Atelier de Mirabeau*, en *Mémoires et documents* publicados por Société d’histoire et d’archéologie de Ginebra, t. 41, Ginebra, Alex. Julien, Librairie, 493 p.

Blamires, Cyprian (1990), “Étienne Dumont : Genevan apostle of utility“, en *Utilitas* (Oxford), vol. 2, n°1, p. 55-70

Blamires, Cyprian (1990), “Bentham ET Dumont”, en K. Mulligan y R. Roth (dir.), *Regards sur Bentham et l’utilitarisme*, actas del coloquio organizado en Ginebra el 23 y 24 noviembre de 1990, publicadas en la revista *Recherches et rencontres*, n° 4, Ginebra, Librairie Droz, p. 11-25.

Blamires, Cyprian (1990), “Influence de Bentham et influence anglaise dans la pensée d’Étienne Dumont”, en A. Dufour, R. Roth y F. Walter (dir.), *Le Libéralisme genevois, du code civil aux constitutions (1804-1842)*, actas del coloquio organizado el 19, 20 y 21 de noviembre de 1992 por las Facultades de derecho y de letras, Bâle/Francfort, Helbing & Lichtenhahn, p. 25-38.

Blamires, Cyprian (1990), “The *Bibliothèque Britannique* and the birth of utilitarianism”, conferencia presentada en el coloquio organizado en la Universidad de Plymouth en septiembre de 1996 para celebrar el bicentenario de la fundación de la *Bibliothèque Britannique*, 18 p. Inédito.

Blount, Charles (1952), “Bentham, Dumont and Mirabeau. An historical revision”, en *University of Birmingham Historical Journal*, vol. 3, n° 2, p. 153-167.

Burns, J. H. (1966), “Bentham and the French Revolution”, en *Transaction of the Royal Historical Society*, 5ª serie, vol. 16, p. 95-114.

Candolle, Pyrame de (1829), “Notice sur la vie et les écrits de M. Dumont”, en *Bibliothèque Universelle*. Reproducido en *Biographies genevoises*, vol. 4 (1828-1841), Bibliothèque de Genève, Rec. Le Fort, 24 p.

- Cendre, Anne (1991), “Des têtes se penchent sur Dumont”, en *La Tribune de Genève*, 6-7 de abril.
- Chaussinand-Nogaret, Guy (1982), *Mirabeau*, París, Seuil, 283 p.
- C[ordey], P[ierre] (1948), “À la Société genevoise de droit et de législation”, en *La Tribune de Genève*, 14 de octubre.
- Delisle, Jean y Judith WOODSWORTH (dir.) (1995) *Les Traducteurs dans l'histoire*, Ottawa / París, Les Presses de l'Université d'Ottawa / Éditions UNESCO, 348 p.
- Delisle, Jean y Judith WOODSWORTH (dir.) (2005) *Los traductores en la historia*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 299 p.
- D'hulst, Lieven (1990), *Cent Ans de théorie française de la traduction: de Batteux à Littré (1748-1847)*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 256 p., col. “Histoire de la linguistique”.
- Diderot, Denis (1875), *Réflexions sur Térence*, en *Œuvres complètes*, t. 5, París, Garnier Frères.
- Dufour, Alfred (1997), *Histoire de Genève*, París, PUF, col. “Que sais-je?”, n° 3210, 128 p.
- Encyclopédie du dix-neuvième siècle. Répertoire universel des sciences, des lettres et des arts, avec la biographie de tous les hommes célèbres*, París, Bureau de l'Encyclopédie du XIXe siècle, t. 5, artículo “Jérémie Bentham”, p. 216-219.
- [Fazy, Henri] (1914), *1814-1914. Genève-Suisse. Le livre du Centenaire*, Genève, A. Jullien, 519 p.
- Grenus, Théodore de (1830), “Notices sur la famille Dumont”, dans *Glanures*, n° 4, p. 99-100. Reproducido en *Biographies genevoises*, vol. 4 (1828-1841), Bibliothèque de Genève, Rec. Le Fort.
- Haldas, Georges (1996), *La Légende de Genève*, Lausanne, L'Âge d'Homme, 132 p.
- Harrison, Ross (1983), *Bentham*, Londres/Boston, Routledge & Kegan Paul, col. “The Arguments of the Philosophers”, xxv-286 p.
- Hume, L. J. (1981), *Bentham and Bureaucracy*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, xii-320 p.
- Luttrell, Barbara (1990), *Mirabeau*, Carbondale, Southern Illinois University Press, ix-307 p.

- M[artin], J[ean] (1923), “La Restauration. Impressions inédites d’Étienne Dumont”, en *Le Journal de Genève*, 31 de diciembre.
- M[artin], J[ean] (1924), “Étienne Dumont et sir Samuel Romilly”, en *Le Journal de Genève*, 23 de junio.
- Martin, Jean (1927), “Madame de Staël et Étienne Dumont, avec lettres inédites”, Lausanne, Imprimerie de la Concorde, 16 p. Impreso como parte de la *Semaine littéraire* del 9 y el 16 de abril de 1927.
- M[artin], J[ean] (1929), “Étienne Dumont, 18 juillet 1759 - 29 septembre 1829”, en *Le Journal de Genève*, 28 de abril.
- M[artin], J[ean] (1938), “Étienne Dumont à Holland House”, en *Le Journal de Genève*, 20 de abril.
- Martin, Jean (1942a), *Étienne Dumont, 1759-1829. L’ami de Mirabeau, le voyageur, le patriote genevois*, Neuchâtel, La Baconnière, 155 p.
- M[artin], J[ean] (1942b), “Les promotions civiques”, en *Le Journal de Genève*, 24 de octubre
- Martin, Jean (1949), “Bentham et Dumont”, en *Le Journal de Genève*, 19 de junio.
- Martin, Jean (1951), “Les “Souvenirs” d’Étienne Dumont”, en *Le Journal de Genève*, n° 86, 12 de abril.
- Montaigne, Michel de (1965), *Les Essais*, presentados por Albert Thibaudet, París, Éditions Gallimard et Librairie Générale Française, col. “Le Livre de Poche”, n° 1393-1398.
- Montet, Albert de (1995), *Dictionnaire biographique des Genevois* (1ª ed. 1877), Lausanne, Georges Bridel, editor, en el artículo “Du Mont (Pierre-Étienne-Louis”, p. 246-247.
- Mützenbergh, Gabriel (1979), “Étienne Dumont a milité inlassablement pour le progrès des institutions à Genève”, en *La Tribune de Genève*, 29 de agosto.
- Rigaud, Jean-Jaques (1829), “Discours prononcé par M. le premier syndic Rigaud à la première séance de la session de décembre de la session de décembre du Conseil représentatif de la république et canton de Genève, le 7 décembre 1829”, Ginebra, Imprimerie de Lador, 7 p.
- Rivarol (1966), *Discours sur l’universalité de la langue française suivi des pensées, maximes, réflexions, anecdotes et bons mots* (1º ed. 1784), edición presentada por Hubert Juin, prefacio de Marc Blancpain, París, Pierre Belfond, 265 p.

Schatzmann, Paul-Émile (1959), “Étienne Dumont a souven écrit les grands discours de Mirebeau”, en *La Tribune de Genève*, 26 de agosto.

Scudder, E. Seelye (1935), *Mirabeau*, Londres, Barker, viii-279 p.

Sismondi, J[ean] C[harles] L[éonard] de (1829), “Étienne Dumont”, nota necrológica, en *Revue encyclopédique*, t. XLIV, p. 258-268.

Vaucher, Pierre (1889), “Les Souvenirs d’Étienne Dumont”, en *Mélanges d’histoire nationale*, Lausanne, Mignot, p. 111-118.